PLACER

Poesía / Literatura / Arte / Conocimiento / Erotismo / Rarezas

Nº 11, VERANO 2018

PLACER ES

Placer es la revista de la Asociación La Mordida Literaria. Placer es poesía, literatura, arte, conocimiento, erotismo y rarezas, pero bien podría ser patafísica localista aliñada con embustes reminiscentes. Placer es utilizada para satisfacer nuestras ansias de transcender. Placer es una revista a plazos. Placer es estacional, doblefilera e intermitentemente perpetua. Placer es te u oeste. Placer es placista, parquefílica y de un terracismo sadista. Placer es paradogmática (o así cabría definir los paraconsejos del Consejo). Placer es caprichosa y antojista: no hay culo que vea y que no quiera. Placer es un *köan* irresoluble, como el café de cápsulas para los ecologistas, a quien no hace nada de gracia. Placer es una caravana de hormigas sorteando colillas en un plato de postres. Placer es ir a la India para encontrarte a ti mismo y tener que maldormir en el suelo del consulado tres días porque has perdido el pasaporte. Placer es una cueva cegada donde las sombras no pueden ejercer su tiranía. Placer es donde Cristo perdió la sandalia. Placer es de aquella manera. No de esta, de aquella. Insistimos, de aquella. Placer es rumbera, de caderas vibrantes y remolinos en las manos. En cualquier caso, Placer es más de Albert Pla que de Peret. Placer es grácil, como las gráciles leonas cazando las gráciles gacelas. Placer es evolutiva, y se atiene a la máxima de que la gacela no tiene que correr más que las leonas para sobrevivir, sino más que la última gacela. Placer es la penúltima gacela, siempre al filo. Placer es, de hecho, de doble filo, sus hojas virtuales cortan. Placer es la chocolatina derretida al final del almuerzo del último día del verano.

PRÓLOGO

«La piedad quedará sumergida bajo un invierno de nueve meses y no quedará nadie a quien salvar. Solo un espejo en el cual, temerosos, nos tendremos que enfrentar a nuestra propia condición y juzgarnos, únicamente, respecto a nuestra consciencia». Estas fueron las palabras con las cuales anunciamos el presente número hace aproximadamente tres meses, unos días después del solsticio de verano. Muchos *Viajes de gozo y placer* después, se nos antojó necesario regresar al cáliz en el cual nos condensamos mediante la periodicidad. Decidimos volver a la madre Rusia y tratar de regenerar nuestra psique agotada en floriturasas tanto estilísticas como temáticas, que nos han menguado durante este último año. ¿Qué mejor remedio que buscar el frío, el hielo, la nieve del gélido invierno de las ciudades rusas del siglo XIX para superar el largo y caluroso verano? ¿Y qué mejor opción, también, que buscar la compañía de los personajes enfermizos y atormentados de Fiódor Dostoievski? Sí, quizás esta última reflexión puede ser considerada, al menos, temeraria. Pero, ya desde la búsqueda de cierta proximidad o bien de un posible (y atrevido) contraste, pensamos que no había mejor elección para «viajar hondo, en busca de nosotros mismos» que haber hecho lo que hemos hecho. Asumimos el intento sin tener la certeza de haber conseguido algo. Quizás nunca hayamos conseguido algo. ¿Qué importancia tiene? La búsqueda de uno mismo no hace más que convertirte en un minero boliviano que ofrenda coca y tabaco al Dios de las profundidades en busca de protección y guarda el mechero en la misma bolsa que la dinamita.

Muchas veces hemos bromeado acerca de la Infalibilidad del Consejo Editorial de Placer. Ahora, apenas respirando dificultosamente después de escapar de las zarpas del crudo invierno ruso, simplemente nos conformamos con alcanzar cierta normalidad. Ya veremos adónde vamos (lo decidiremos más adelante; véase los *Viajes de gozo y placer*). Quizás a un sanatorio en lo alto de una montaña, quizás en busca de un clima más clemente (como hizo Keats) donde curar nuestras heridas, quizás (si las fuerzas nos lo permiten) a superar una nueva prueba heroica frente a los mayores ejércitos de la historia. En cualquier caso, una vez culminado este viaje de reflexiva introspección, nos sentimos capaces de todo. Un número más y alcanzaremos el duodécimo número de Placer, completando así tres años de esta incauta aventura. Doce Placeres. De la misma forma que hay: las doce tribus de Israel, los doce apóstoles, los doce signos del zodíaco, las doce pruebas de Hércules o los doce hijos de Odín (véase Suplicio 2018 para mayor comprensión de esta monomanía). Ya lo ven, la modestia y presumible humanidad no nos han durado ni doce líneas. El Consejo Editorial está de vuelta, mamá nunca los abandonó, dejen de llorar estúpidos lectores. Les ofrecemos en compensación uno más de nuestros osados (y posiblemente infaustos) viajes por la vida y obra de los grandes tótems de la literatura universal. No teman, todos los escritores placerificados yacen ya en el Otro Mundo, por lo que únicamente Nosotros nos haremos cargo de las represalias. En fin, bienvenidos sean aquí. Qué gusto volver a casa tras unas estupendas vacaciones. Ya casi hemos olvidado la euforia del rebaño y nos encontramos de nuevo en nuestro ámbito, que no es otro que esta guerra fratricida que se desarrolla en la más estricta soledad. Hemos sido personajes de Dostoievski en chiringuitos ortodoxos. Hemos sobrevivido otro verano más, hemos representado nuestro papel lo mejor que hemos podido y si hemos aplicado un plus de histeria y altivez es, simplemente, por la propia ansia de vivir. Viajamos y viajamos para acabar siempre volviendo al otoño. Somos hijos e hijas de nuestras más queridas nece(si)dades.

БИОГРАФИЯ

Más adelante en esta revista tendrán la oportunidad de leer las notas de nuestro inefable (y felizmente reencontrado) Secretario en funciones de La Mordida. Avanzamos, igualmente, que la primera de ellas empieza así: «El viaje de Raskólnikov fue tan largo como el de Napoleón». Se trata de una cita (probablemente de Schopenhauer, asegura el autor del texto) que equipara las vicisitudes del personaje principal de *Crimen y castigo* a las de Napoleón; entre otras cuestiones, quizás la relación nazca de la conquista de Moscú por parte del segundo, tan bien relatada por Tolstoi. En Moscú, precisamente, nace Fiódor Mijáilovich Dostoievski el 11 de noviembre de 1821, el mismo año en el que fallece Napoleón Bonaparte en Santa Helena. No ahondaremos más en estos datos cruzados (queremos hacer una biografía seria, aquí), pero al menos podemos concluir que son curiosos, ¿verdad? En fin, Fiódor, o Fedor (vean también la cuarta nota del artículo del Secretario, señalando la multiplicidad de nombres de los protagonistas/escritores rusos) es el segundo hijo de Mijaíl y María Fiódorovna. El padre, al parecer —todas las fuentes consultadas así lo aseveran—, es un hombre autoritario, despótico, que maltrata a su mujer e hijos. Trabaja, el padre, en un hospital para niños pobres. Quién sabe si todo el estrés sufrido durante la jornada laboral es el motivo de su comportamiento cuando llega a su hogar. Aunque verosímil, no parece este el motivo. Cuando Fiódor tiene once años, la familia se traslada a una aldea en la provincia de Tula y todo sigue igual. Por cierto, en Tula se halla la finca de Tolstoi, en Yasnáia Poliana. En ese momento, Tolstoi, que nace en 1828, tiene cuatro años. Por lo que es posible que, en algún momento, se encontraran, no sé, en una feria del ganado o una fiesta del trigo... Lo decimos porque, como también trata de resolverse en este número, todas las fuentes aseguran que los dos grandes escritores rusos no llegaron a conocerse. Según la hija de Dostoievski, a pesar de la admiración mutua y cierta correspondencia mediada por un amigo común, estos hombres eran tan distintos y tenían ideas tan radicalmente opuestas que temían pelearse. En fin, habiendo jugado o no con Tolstoi en su tierna infancia (cuesta imaginar a los dos colosos en pantalones cortos y sin barba), Fiódor, junto a su hermano mayor, ingresa en un internado en Moscú a los trece años. En esa escuela, donde los alumnos son sometidos a una educación espartana (con un horario que ahora despertaría, al menos, cierta inquietud: de seis de la mañana a nueve de la noche), Dostoievski descubre también el placer de la literatura. E idolatra a su maestro, el señor Bilevich, quien le introduce a Pushkin y a Schiller. Esa pasión por la literatura continúa cuando Fiódor ingresa en la escuela de ingenieros, en San Petersburgo. Estamos ya en 1837, año en el que fallece su madre, de tuberculosis. Dos años más tarde muere también su padre, víctima del alcoholismo. Y, según las crónicas, víctima también de sus siervos en la finca, que hartos de sus maltratos lo asesinan obligándolo a beber vodka hasta ahogarse. A pesar de su brutalidad, Fiódor no siente liberación ante la muerte de su padre, sino culpa, ya que muchas veces deseó la muerte de su progenitor. Esta comezón lo acompañará durante toda su vida, y puede que constituya uno de los motores más importantes de su obra. En cualquier caso, el joven Dostoievski finaliza sus estudios en 1843 y se incorpora a la Dirección General de Ingenieros de San Petersburgo. Su vida en ese momento no debe ser muy ejemplar —nos atrevemos a aventurar—, ya que a partir de ese momento empieza a contraer serias deudas. Salda algunas de ellas mediante traducciones, y también tiene un éxito efímero cuando publica su primera novela (antes había escrito ya algunas obras, aunque no se han conservado): *Pobres gentes*, en 1846. Sin embargo, sus siguientes obras (entre ellas *El doble*, que, por cierto, es un exquisito ejemplo del personaje paradigmático del autor: ver el artículo acerca de los *Héroes*) no reciben una acogida tan cálida, por decirlo de forma suave. De nuevo, se trata de una especulación, pero el hecho de no ver colmadas sus aspiraciones lo conduce, quizás, a confraternizar con grupos de intelectuales que se oponen al zar con ideas liberales y revolucionarias. De esta forma, en 1849, Fiódor Dostoievski es condenado a muerte. La pena, por suerte para la historia de la literatura (diremos de forma harto rimbombante) y de Placer, es conmutada en el último momento, justo antes de ser fusilado. Fiódor es enviado a una prisión en Siberia. A partir de la correspondencia con su hermano —a quien, por cierto. «enreda» un poco con las cuestiones monetarias—, se concluye que desde la cárcel Dostoievski idea, o más bien maquina, lo que serán sus obras maestras. Cabe apuntar que escribimos esta biografía antes de recibir todos los textos de la revista (ya, siempre nos quejamos (vean el último Suplicio)), pero si nuestro dentista favorito llega a tiempo podrán ampliar esta información. Por cierto, Fiódor sufre una enfermedad desde su infancia, probablemente epilepsia, la cual se agrava durante su reclusión, que también aparece en su obra posterior. Dostoievski sale de la cárcel en 1854 y se reincorpora al ejército, en la frontera con Kazajistán. Allí es donde conoce a una viuda con pocos recursos, María Dmítrievna Isáieva, con la cual contrae matrimonio en 1857. Dostoievski, después de este largo periodo de reclusión y trabajos semiforzados, se convierte en un cristiano convencido y en un firme detractor del socialismo. Por ello, probablemente, es indultado por el zar y en 1861 regresa a San Petersburgo. En San Petersburgo escribe de nuevo, al principio sin demasiado éxito, a pesar de editar con su hermano algunas revistas: *Tiempo*, la primera y *Época*, la segunda. No es por nada, pero no son nombres muy originales, ¿verdad? Igualmente no es nuestra intención criticar a ningún editor, y menos a un ruso a quien admiramos. Por otra parte, cabe comentar también la ¿feliz? coincidencia: un gran autor que primero editó una revista. ¿Es ese Nuestro destino? En fin, no nos perdamos en fantasías estériles, que empezamos así y acabamos hablando de látex y cuero... (vean el último Suplicio, otra vez). El caso es que, ahora sí, Dostoievski tiene éxito, pero lo pierde su poco control del dinero (esto es un eufemismo, ya se entiende). Viaja por Europa, juega a la ruleta y pierde. Y, además, tiene una relación incestuosa con una mujer de armas tomar, Polina Súslova. Vaya, mejor lean *El jugador* para saber qué tropelías llevó a cabo durante esta época. En 1864 escribe *Memorias desde el subsuelo* después de regresar a Moscú completamente arruinado (pero mejor lean el artículo/crítica que sigue luego para valorar esta novela). Ese año, por otra parte, fallece su esposa y también su hermano, por lo que huye de nuevo al extranjero y no regresa a Rusia hasta un año más tarde. Es entonces cuando comienza a escribir *Crimen y castigo*. Cómo no, en una vida tan tormentosa y retorcida, Dostoievski vende los derechos de publicación de sus obras a cambio de unos pocos miles de rublos y además contrae el compromiso de entregar esta novela y otra más en una fecha concreta. Si no, perderá para siempre el derecho a su producción. Es por ello que contrata a una taquígrafa para dictarle lo más rápidamente posible su novela. Se trata de Anna Grigórievna Snítkina, con la que acaba contrayendo matrimonio en 1867. Luego, más juego, más deudas, una romería por Europa, el nacimiento y la muerte de su primera hija, el nacimiento de su segunda hija y, también, de su primer hijo. Por otra parte, es capaz de alcanzar la publicación de *El idiota*, en 1869 y de *Los endemoniados*, en 1872. Es en esta época cuando la familia regresa a Rusia, donde, a pesar de la persecución implacable de multitud de acreedores, Dostoievski escribe de forma muy prolija, especialmente en su revista *Diarios de un escritor*, donde es capaz de aunar artículos políticos, crítica literaria y relatos cortos. Finalmente, en 1879, empieza a publicar *Los hermanos Karamázov*, que finaliza (aunque no completamente) en 1880. El éxito es apabullante y, junto a la fama de su revista y la reedición de muchas de sus obras, su figura se ve elevada al rango de celebridad.

Fiódor Dostoievski fallece en San Petersburgo el 9 de febrero de 1881 y, de la misma manera que en los casos de Tolstoi o Mossèn Cinto Verdaguer o Johan Cruyff, su funeral es todo un acontecimiento. Por cierto, cabe apuntar, para acabar, que la muerte se atribuye a una hemorragia pulmonar, pero la verdad es que su historial médico (epilepsia, depresión, ludopatía, asma...) bien daría para recuperar la ya mítica (bueno, al menos, recordada) sección de *Cuestiones médicas*...

EL CIRCO DE LAS OPINIONES

Cientos de bombillas de colores iluminan la arboleda que cobija las carpas. El bullicio es tremendo, digno del siglo pasado (el XIX, el auténtico siglo pasado para los hacedores y lectores de Placer). «La programación está más apretada que las tuercas de un submarino», que diría Chiquito. El dueño, apoyado en la barra de la caseta de las escopetas, charla tranquilamente con sus empleados y mira satisfecho la masa que deambula impaciente. Hoy han venido todos, el cartel provoca vértigo y angustia a los aficionados más asiduos a este tipo de espectáculos. Los que vienen por primera vez o están de alguna manera más por los frutos del azar que por una firme voluntad, se sienten atropellados por la exuberancia de los nombres y parece más bien que quieran huir, asustados e inseguros, antes que enfrentarse al *show*. Suena la sirena, a los diez minutos y en sucesión de tres minutos suenan las campanas tres veces. Un rumor apresurado se distribuye por las precarias gradas. Se apagan las luces excepto un solitario foco que ilumina el centro de la pista central. Un niño llora, la gente chista. Una figura de corte prehistórico surge lentamente de la sombra y micro en mano se sitúa bajo el chorro de luz. «Descubrir a Dostoievski es como descubrir el amor o ver el mar por primera vez, marca un momento importante en la vida». El *reverb* quizá se le haya ido de las manos al técnico, aunque ayuda a consolidar la cadencia de la voz. Hasta los más jóvenes reconocen al bueno de Borges dando el pistoletazo de salida al carrusel de escritores inmortales que todos esperan. Carraspea, parece que vaya a decir más, mucho más, en el momento que un amable asistente de pista entra y cogiéndole del brazo derecho le guía de nuevo hacia las sombras, sin que la resistencia del veterano autor sea impedimento alguno para cumplir la desagradable misión. Aplausos. Gritos histéricos danzan enloquecidos entre silbidos y empalman con la segunda aparición de la tarde. El foco se transforma en una tenue iluminación, la joven asistenta rusa deposita en el centro del escenario la silla de ruedas donde se despereza Tolstoi. El micro se acopla un poco, todos están expectantes. «Yo a Dostoievski nunca le conocí personalmente, nunca intentamos o mostramos interés en vernos, seguramente nos habríamos peleado, o por lo menos discutido, ya que nuestras ideas están demasiado alejadas entre sí. Eso no impide que siempre haya mostrado una sincera admiración por su obra y que haya disfrutado cada novela suya». Tolstoi parece pensar en todas las cartas que se hicieron llegar a través de intermediarios, pero en realidad se ha quedado dormido. Dos horas más tarde, cuando se despierte ya instalado confortablemente en su *suite*, tan solo hablará para pedirle a su joven asistenta rusa un vaso de agua tibia que servirá como cena. Bajo la carpa, el rumor de admiración y comprensión que queda tras la retirada del maestro ruso es violentamente roto por un sonido de hierros derrumbándose y la irrupción de un enloquecido Ford del 39 que derrapa ante la mirada atónita de los espectadores que se sitúan en las primeras filas. En algún momento se ha oído un grito entre bambalinas, seguro que algo ha salido mal entre el *parking* y la pista. Parece que los espectadores no se han dado cuenta, el *show* debe de continuar. De la puerta de atrás salta el bueno de Kerouac y botella de vino en mano grita extasiado: «La sabiduría de Dostoievski es la más elevada del mundo»; de la puerta del copiloto sale ligero y danzante Ginsberg, que guiñándole un ojo al impaciente conductor, confiesa: «Mi función en la vida es ser cándido en el mismo sentido que lo es el príncipe Mishkin». ¡Brum, brum! ruge el motor del Ford y eso molesta ostensiblemente a Burroughs, que saliendo dificultosamente por la puerta situada tras el conductor, no puede disimular el malestar que le produce. Espera a que pare de azuzar al coche para acabar el haiku más accidentado de la historia del circo: «Todos habíamos leído a Dostoievski y...». ¡Brum, brum! ruge el coche de nuevo, Cassady ha tenido tiempo de tragarse tres anfetaminas, encenderse dos cigarrillos y olvidarse que es el turno de su pasajero más viejo y hostil. Sentándose en el marco de la ventana de su puerta, de espaldas a un público que arde maravillado, chilla a Ginsberg: «Soy un idiota alegre... y tú también deberías verte a ti mismo como el príncipe Mishkin. Tú manifiestas más que nadie el misticismo dostoievskiano y el amor de Cristo». Y desaparece por su ventana. Kerouac vuelve al coche tras vomitar a escondidas, Ginsberg, con aire aristocrático, se desliza al lugar del copiloto, Burroughs abandona la pista lentamente por un lateral. ¡Brum, brum, brum! el coche quema rueda mientras enfila el túnel por donde entró. Más ruidos de hierros. El público puede volver a respirar. Es el turno del judío flacucho, que arrastrando los pies como si no quisiera avanzar, se acerca tosiendo al punto de luz que sirve como marca para los más indiferentes de los autores. Lleva la mirada tan baja y las manos tan sudadas que la expectación ante sus palabras actúa como una bola de demolición dirigiéndose a la historia de la literatura. Parece que va a hablar. Duda por última vez y coge aire en el mismo momento que un grupo de unos diez alborotadores irrumpe en la pista tirando al aire folletos demasiado gruesos que caen pesadamente sobre algunos espectadores y parecen herir, físicamente, al bueno de Kafka. Los equipos de seguridad actúan solventemente pero en el escenario ya solo quedan folletos aquí y allá. El escritor bohemio (de Bohemia), kafkianamente, queda reducido a la opinión que sobre él se vierte en los folletos, que gira impertérrita sobre la idea que toda su obra es una revisión de la obra de Dostoievski. Novela por novela, cuento por cuento. Situaciones, personajes, conversaciones. Estructuras. Corren los folletos entre las nerviosas manos del público y se guardan furtivamente para ser estudiados en casa, con mayor tranquilidad. La función se acerca al intermedio. Pero antes, todos lo saben y todos lo esperan, es el turno de Manuel Vázquez Montalbán y así lo anuncia la megafonía. Los aplausos retumban en *crescendo* y la euforia se condensa y estalla cuando el autor barcelonés aparece caminando tranquilamente. ¡Qué aplomo! ¡Qué porte! Hace un pequeño gesto con la mano derecha y todos se callan. Una espectadora es expulsada por sacar su teléfono móvil e intentar fotografiar el momento. Manolo, como quien no quiere la cosa, pone por delante un muñeco ventrílocuo de Carvalho y le hace decir: «Quemé *Los Hermanos Karamázov* en *Historias de política ficción*, y anteriormente ya lo había quemado en 1976, dentro de los primeros cien títulos que fueron a la chimenea tras comprender que nunca me habían enseñado ni me enseñarían nada». No es lo que esperaba el público, y para ser sincero como narrador, tampoco me esperaba yo tan escueta participación. Parece que falte algo, él se da cuenta. Suspira y añade: «Me remito al prólogo que escribí de *Crimen y castigo*, sinceramente, tengo un sofrito en el fuego y prefiero mimarlo a estar aquí con ustedes. Gracias». El aplauso, que se abre paso con dificultades, es extraño, termina vital y con altivez pero no consigue hacer olvidar cierta bajona, y así lo comenta la gente mientras suena la música que anuncia un intermedio de 35 minutos.

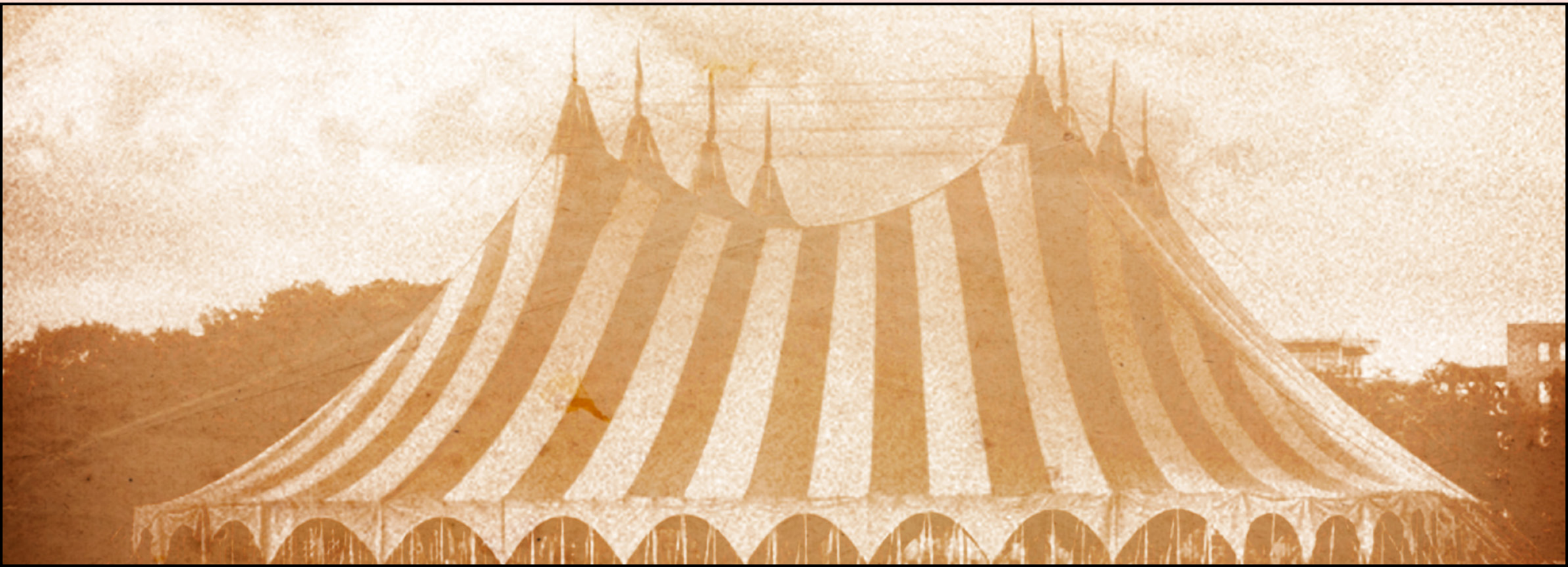
Los no fumadores salen al exterior para no molestar a los fumadores que charlan tranquilamente en sus butacas. Cuando vuelven, se ven obligados a reconocer que la nueva densidad del ambiente solo hace que mejorar la puesta en escena dispuesta para el próximo invitado. Cien jovencitos semidesnudos aparecen en escena cargando cada uno de ellos con su *taiko* y se colocan en un círculo casi cerrado. Los primeros golpes se acompasan con los pasos que traen a Mishima hasta el centro del escenario. El círculo se cierra con un gran estruendo. Las vibraciones de los tambores han producido un curioso efecto en el humo del tabaco y ahora forma una especie de techo blando y ondulante en el que el autor japonés centra su mirada mientras arranca diciendo: «¡La belleza es cosa terrible y espantosa! Es terrible debido a que jamás podremos comprenderla, ya que Dios solo interrogantes nos plantea. [...] Lo más horroroso es que la belleza no solo es aterradora, sino también misteriosa. Dios y el Diablo luchan en ella, y su campo de batalla es el corazón del hombre. Pero el corazón del hombre solo de su dolor quiere hablar. Escuchad, que os contaré lo que dice...». La mayor parte de los presentes no ha tardado ni dos líneas en reconocer al maestro ruso y faro de la velada en la voz de Mishima, que ha decidido guardarse su opinión para otro momento y ofrecer al entregado público este fragmento de *Los hermanos Karamázov*, el mismo con el que abrió su *Confesiones de una máscara*. El aplauso peca de complicidad benevolente, y guarda pretensiones de puente entre dos orillas. «¿Se rajará?», se pregunta en la primera fila una madre temerosa pero excitada que tapa preventivamente los ojos a su hijo. «¿Lo volverá a hacer?», pregunta buscando la respuesta de su esposo y encontrándose un vacío en la silla de su lado. El señor con el que vive acompaña a los jovencitos tamboristas en su retirada y vuelve a su butaca a hurtadillas, mientras escurre un papelito en su bolsillo con un número de habitación del hotel. Esta vez no habrá sangre y por ello todos respiran aliviados, sobre todo la buena de Virginia Woolf, que aparece en escena con la seguridad que sus largas faldas no se mancharán de sangre japonesa. La ovación es atronadora. Entre el aleteo loco de las manos se alza algún que otro puño en alto, la exhibición de cariño sobrepasa todas las expectativas de la escritora, que tras toser muy muy bajito dice: «No os podéis imaginar con qué ganas caímos sobre el material impreso, tantas veces alejado por la necesidad de escribir. Leí tres nuevas novelas en dos días. Leonard disfrutó con *Cuentos de viejas* como un gatito con un ovillo de lana. Después de esta vertiginosa carrera, ahora he corrido a toda velocidad hacia *Crimen y cas-*

→

PLACER

tigo, 50 páginas antes del té y veo que solo tiene 800, así que acabaré con él en poco tiempo. Es completamente evidente que Dostoievski es el mejor escritor de todos los tiempos». El respetable la interrumpe y la jalea durante diez minutos, tiempo que tardan los de seguridad en reducir a los Woolfis más exaltados. «Las novelas de Fiódor Dostoievski son una vorágine que te hace hervir la sangre, tormentas de arena que giran, una tromba que sopla, hierve y te traga. Están compuestas totalmente por el material del que está hecha el alma. Muchas veces me pregunto si realmente vale la pena leer a otro autor». La sentencia es acogida con lágrimas en los ojos. La exaltación es prebelicista, lo único que se echa en falta es a Leni Riefenstahl. Amenaza la melancolía del presente a la pura y simple alegría de sentirse vivo. Virginia se retira entre vítores, a pasitos cortos, su chaqueta se bambolea pesada como si llevase los bolsillos cargados de piedras. Suspiros y murmullos ceban la carpa a la espera del siguiente monstruo de la literatura universal, que entrando a traspié remonta un ambiente que empieza a mostrar signos de lógico cansancio. Baudelaire, más dandista que nunca, alza un bastón de ébano con empuñadura de marfil creando una inercia en su cuerpo que desemboca en el derrame de la copa de vino que aguanta con su otra mano, hecho que es ignorado por el autor francés y la mayoría de espectadores que no han sido salpicados. Un fuerte acento francés es lo único que llega de sus primeras frases. Alguna palabra suelta, topónimos, insultos. Se rompe y llora babeando, botones de su camisa alcanzan hasta la fila cinco, se autoasfixia con su pañuelo de seda y, de repente, se alza erguido paseándose en aberrante caricatura aristocrática. Parece que solo habla para él mismo. Lo parece porque así es, por mucho que chille el mensaje no llega a la audiencia. Él se basta, y cuando se cansa, da media vuelta y tal como apareció se marcha. La inercia guía un aplaudir de manos cansadas y corazones sobreexpuestos al sadismo de las emociones. Entendidos y profundos conocedores de la cuestión que los atañe, la toma de consciencia del final actúa como un revulsivo en la masa y provoca un estruendo no menor cuando aparece Philip K. Dick sobre un *seaway*. Se nota que lo controla bien, solo comprarlo abrió un canal de *youtube* y va subiendo vídeos diariamente sobre sus progresos con el cacharro eléctrico. Se luce con bellos giros tal cual patinador sobre hielo y acepta las muestras de admiración con una tímida sonrisa y un huir de ojos. Situado en medio de la pista, erguido y poderoso, recibe en la cabeza un tremendo golpe de bate de béisbol en la cabeza. Tras él aparece un Philip K. Dick más gordo y renqueante, que lanza un segundo batazo a la ya abollada cabeza del primer Philip y la desgarra del tronco. Tuercas, humo blanco, lucecitas por la pista, circuitos que son apartados por la muleta de Philip mientras dice entre dientes «fuck you fake me». Hacía años que no deleitaba a sus fans con este número. El público, que se pensaba cansado, casi saturado por la velada y con cierto hastío ante tanta muestra de talento, olvida sus miserias y estalla alzando el canto del cisne más loco y asalvajado de cuantos se recuerdan. Philip repasa sospechoso las gradas, y sin dejar el bate de béisbol toma aire y... Ha visto algo que le hace huir todo lo despavorido que le permite su maltrecha salud. «Señor K. Dick, señor K. Dick, diga algo del maestro ruso», le chilla un jovencito con la camisa rota desde Virginia. Pero nada detiene al bueno de Dick en su firme huida. Un final, que tras haber devuelto las esperanzas al agotado público no deja un sabor de boca del todo agradable. Serán semanas de juicios a los recuerdos, de expectativas cumplidas y sueños pisoteados que vuelven a recolocarse cómodamente en el día a día de los afortunados asistentes. Ya en pasado, ya todo en pasado. Los adultos cargan con los niños medio dormidos y salen a la noche, algunos son víctimas de una estúpida euforia *instagramer*, otros lloran ocultándose tras cigarrillos que arden descontrolados. Alguien pregunta a hurtadillas: «¿Y Pere Calders?», sin obtener respuesta audible. La mayoría optan por caminar en silencio sobre el prado que malvive entre el barro. Desde las casetas, tal cantos de sirena, les llegan las voces de las decenas de autores que pretendían participar de la obra, y que se quedaron fuera. «Dostoievski es el único psicólogo, dicho sea de paso, del que yo he tenido que aprender algo», se le oye a Federico Nietzsche. «Yo aprendí más de Dostoievski que de cualquier otro pensador científico», se desgañita Einstein. «*Los hermanos Karamázov* es la novela más acabada que jamás se haya escrito», afirma Freud desde su garita. «Es el hombre que más ha hecho por la creación de la prosa moderna», brama Joyce. «Dostoievski no es un gran escritor, sino un escritor bastante mediocre; con destellos de excelente humor, separados, desgraciadamente, por desiertos de vulgaridad literaria». Silencio. Esta vez ha ido demasiado lejos el bueno de Nabokov, no ha sabido valorar bien la importancia del contexto a la hora de ofrecer una libre opinión, y es consciente de su fatal error. La masa, acercándose con eufórica indignación, no podría haber imaginado mejor fin de fiesta.

PLACER



NOTAS SOBRE DOSTOIEVSKI

• «El viaje de Raskólnikov fue tan largo como el de Napoleón». Al ponerme a escribir estas notas, creía recordar esta cita de memoria, e incluso estaba seguro de que podía atribuirla a Schopenhauer; sin embargo, cuando me he puesto a buscarla no he sido capaz de encontrarla. En todo caso, su significado era llamar la atención sobre la importancia emocional relativa de los acontecimientos. Creo que, al desarrollarla, el autor (Schopenhauer, casi seguro...) aducía que una pelea tabernaria por una partida de cartas podía ser tan intensa para los que la vivían como para un general que mirando sus mapas lanza a sus ejércitos a la batalla. Durante algún tiempo seguí con interés esta línea de razonamiento, hasta la nimiedad. Pensaba casos como el siguiente: pongamos un grupo de compañeros de trabajo jugando un partido de fútbol, se pelean, unos ganan, los otros empatan, al final un gol lo decide todo. ¿Puede compararse a un gol marcado en el Camp Nou en un partido oficial? ¿Aunque solo sea para el que anota el gol, aunque solo sea por un instante? También pensaba en un primer beso que como adolescente hemos robado a una chica, el nudo en el estómago, el atrevimiento final, ¿acaso Shakespeare pretendía que Romeo y Julieta sintieran algo más?, ¿se puede estar más enamorado de lo que yo lo estuve, independientemente de que la enamorada fuera mi compañera de clase o Helena de Troya?

• Para triunfar como autor ruso hay que utilizar títulos que contengan dos sustantivos más la conjunción «y». Sobre el autor que nos ocupa, *Crimen y castigo*, y del «placerificado» Tolstoi, *Guerra y paz*. Como eran títulos difíciles de superar en contenido (el primero) y en rotundidad (el segundo), Bulgakov optó, ya en el desdibujado siglo xx, por el algo más evocador *El maestro y Margarita*. A Vasili Grossman, hace relativamente poco (40 años), no le quedó más que volver a la grandilocuencia con *Vida y destino*.

• Es imposible no poner en el espejo a Dostoievski y Tolstoi. Me pregunto si se conocieron en persona (supongo que este número de Placer me sacará de dudas) y, si fue así, ¿qué relación tuvieron? y sobre todo ¿qué opinaban de sus respectivas obras? En comparaciones y/o análisis, lo mejor que he leído al respecto fue el ensayo de Luis Goytisolo *Naturaleza de la novela*. En la parte final de esta reflexión histórica sobre el género, el pequeño de los Goytisolo (muy «placerificables» los tres, por cierto) agrupa a las novelas en «bíblicas» versus «evangélicas». Considerando la Biblia como obra literaria y atendiendo a sus dos partes, el Viejo Testamento (conocido de manera simple como «la Biblia») y el Nuevo Testamento (es decir, los evangelios, las epístolas y Apocalipsis), en la primera los destinos de los hombres están condicionados por la voluntad de Dios (léase los elementos externos, eventos históricos ineludibles, catástrofes naturales, clases sociales, etc.), en el evangelio, sin embargo, un hombre con su propia voluntad (Jesús de Nazaret) se rebela contra todos los elementos externos para tomar las riendas de su destino y de los que lo rodean. Goytisolo usa este ejemplo para darse a entender: Tolstoi es bíblico, Dostoievski es evangélico. Luego hay más ejemplos, podéis decidir vuestro autor favorito.

• Otra cosa que hay que hacer para triunfar siendo un autor ruso es llamar a tus personajes con muchos nombres distintos durante el transcurso de la acción. Esta cita me ha costado un mundo encontrarla. Recordaba que era de un autor suramericano, pero poco más, y he tenido que hacer una búsqueda por palabras casi absurda en Google hasta encontrarla; el personaje no lo sé, creo que era una mujer... Bueno, es deliciosa, ya que, según me parece evocar, se da en una reunión de gente muy intelectual (por favor, si alguien recuerda el momento, que me lo haga llegar, ya es por quitarme la espina... Por supuesto, no voy a leerme *El túnel* de nuevo): «—Fíjate que nunca he podido acabar una novela rusa. Son tan trabajosas... Aparecen millares de tipos y al final resulta que no son más que cuatro o cinco. Pero claro, cuando te empiezas a orientar con un señor que se llama Alexandre, luego resulta que se llama Sacha y luego Sachka y luego Sachenka, y de pronto algo grandioso como Alexandre Alexandrovitch Bunine y más tarde es simplemente Alexandre Alexandrovitch. Apenas te has orientado, ya te despistan nuevamente. Es cosa de no acabar: cada personaje parece una familia. No me vas a decir que no es agotador, mismo para ti».

• En nadie como Dostoievski parece más acertada y a la vez paradójica la teoría literaria del iceberg, y eso que no fue formulada por Hemingway (esta vez estoy seguro de acertar la fuente) hasta un siglo después. Simplificando, esta teoría de narración se basa en que el autor solo muestre una serie de hechos, descripciones o acciones superficiales, sin entrar en el fondo de la narración (la parte del iceberg que no se ve), que está oculta, pero que es la parte importante de la obra. Es cierto que las disquisiciones filosóficas y, sobre todo psicológicas de las obras de Dostoievski, lo que conocemos como el fondo, son apreciables e indiscutibles. Sin embargo, siempre queda la impresión de que el autor sabe muy bien de lo que está hablando, y de que expone más que explica. En este sentido, cabe recordar que Hemingway defendía que las omisiones en la narración deben ser a conciencia, ya que omitir información que el autor desconoce simplemente genera lagunas indeseables. Nunca al leer a Dostoievski da la sensación de que el autor no controle los más mínimos entresijos de la historia, el fondo de todos sus personajes, la causa y finalidad (si la hay) de cada una de sus acciones, así que, a pesar de su prolijidad, la sensación de profundidad oculta que el lector tiene que llenar es patente. Esto no hace más que poner de manifiesto el conocimiento abismal del alma humana desde el que escribía. [NOTA (dentro de la nota): en el cuento *El otro*, Borges le dice al mismo Borges cuando se lo encuentra leyendo *Los demonios*: «—El maestro ruso —dictaminó— ha penetrado más que nadie en los laberintos del alma eslava».]

• También he dicho que, en Dostoievski, la teoría del iceberg es paradójica. Estaba pensado en sus personajes. Concretamente, en aquellos que aparecen cuando la acción de la novela está muy avanzada. Por ejemplo Porfirio (el juez instructor que aparece para investigar en *Crimen y castigo*) o Antonida Vasilievna (la anciana tía que irrumpe en *El jugador*). Está claro que unos personajes de esa magnitud, que por sí solos ya justificarían la ejecución de una novela, ya eran conocidos por el autor, ya existían mientras la trama se desarrollaba sin ellos, a la espera de ellos, y que no nos los ha explicado. Sin embargo, cuando aparecen se hace evidente que él los ha tenido en cuenta desde el principio, y por tanto se integran con una facilidad pasmosa a pesar de su enorme complejidad y los delicados momentos de la narración en los que irrumpen. He aquí la paradoja: digamos que en vez de mostrar los hechos superficiales, por ejemplo la descripción de un personaje, y ocultar el fondo psicológico de los mismos, Dostoievski es capaz de generar un marco conceptual, pero se ha guardado los personajes que le dan sentido. Parece que sus largas disquisiciones filosóficas son esa punta del iceberg, y los personajes su fondo. También por eso es un escritor evangélico (ver la tercera nota). En todo caso, hay que estar muy seguro de uno mismo para reprimir la aparición de esos personajes durante tanto tiempo. Y en definitiva esta paradoja lo hace sentirse a uno muy respetado como lector. Hay que añadir que también es fácil sentirse respetado en el caso de Hemingway.

• El respeto del que acabo de hablar es intelectual y, como he mencionado, es posible que se me eche en cara hablar de la teoría del iceberg, que conlleva en su génesis la economía del lenguaje, en un autor naturalista/realista como Dostoievski. En algún momento, desde nuestra cima del siglo xxi, todos nos hemos

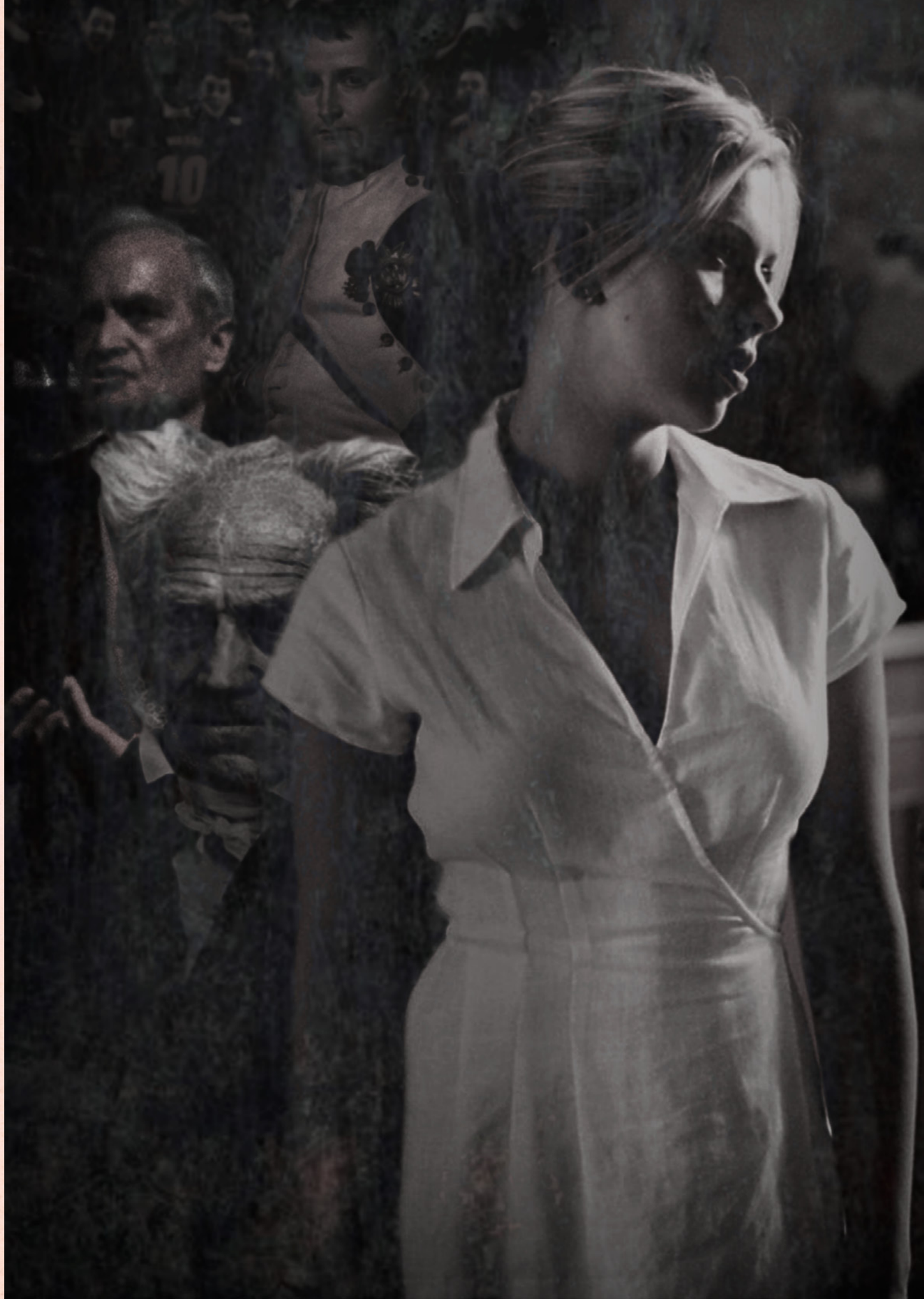
→

PLACER

preguntado (o molestado) por esas conversaciones inverosímiles de los personajes de las novela decimonónicas... Así que, tal y como hablo de respeto hacia el lector, tampoco Dostoievski tiene inconveniente en transcribir conversaciones inverosímiles e incluso sonrojantes en cualquier curso de escritura creativa actual. Estas dos caras de la moneda son obvias en su temprana *Noches blancas*. Los primeros párrafos se inician con una reflexión del narrador cargada de una madurez que te interpela como lector a dar lo mejor de ti mismo. Luego aparece Nástenka y empieza una conversación que causa vergüenza ajena por inverosímil y reiterativa: simplemente parece que quiere dejar claro su punto de vista. En su descargo debo decir que, ante las largas peroratas del narrador, Nástenka le dice: «... habla usted como si leyera un libro». ¿Es tal vez un intento de justificación? Es fácil criticar más de ciento cincuenta años después, pero en la cumbre de la novela del XIX ese conato de autocrítica puede ser lo más rebelde que se podía permitir.

• Para acabar y ligando estas notas, querría volver a la primera sobre *Crimen y castigo*. Sobre la intensidad de las decisiones y sobre las decisiones mismas. Que el existencialismo es la cuestión donde van a parar todas las luchas del hombre racional desde que la ilustración le da alas, y entre ellos los escritores más prestigiosos (véase el *Kafkanario*, revista Placer, nº4), es algo sabido y que no merece más glosa o debate. Por otro lado, usar el existencialismo de forma cotidiana no deja de ser un truco psicológico. Un truco con gran fundamento cuando se aplica con conciencia: resumiendo, ante cualquier decisión hay que valorar y luego actuar, siempre actuar, y sobre todo no echar la vista atrás. Pero es en la magnitud de la valoración, no de la acción en sí misma, como he intentado exponer en el primer apunte, donde se difuminan los contornos, donde Dostoievski llega a su manera a límites del existencialismo. ¿Pido helado o yogur de postre? ¿Vuelvo a casa ya o me tomo una última cerveza? ¿Debo besar a la chica ahora o mejor no? ¿Tengo que decirle a mi amigo que se comporta como un imbécil? ¿Mato a la vieja y consigo el dinero para mis estudios? A decisiones más drásticas las valoraciones deben ser mucho más profundas y el estudio de las consecuencias más intenso, hasta hacer de esta valoración el problema real.

• En realidad donde quería llegar con el punto anterior, y ya acabo, es que *Match point* no es un homenaje tan bueno a *Crimen y castigo* como se ha querido hacer ver. La película de Woody Allen está cargada de referencias a la novela de Dostoievski (¡hasta la vergüenza cuando en uno de los planos se ve claramente que uno de los personajes está leyendo la novela!), pero al salir del cine me di cuenta de que erraba en el punto principal. Raskólnikov va a cometer el crimen mayor: el asesinato, además por dinero, aunque luego entendamos que había otras motivaciones de carácter psicológico, esa es la primera razón. Pero es que Raskólnikov ya ha sido obligado a dejar sus estudios a causa de su pobreza, que además lo lleva a un estado de angustia inaguantable. Pero hay más, su hermana está dispuesta a casarse con un hombre al que no ama por conseguir dinero para él, una vergüenza inaudita para toda su pobre pero digna familia. Enfrente, Dostoievski no escatima en presentar a la vieja usurera como un ser despreciable (es cierto que el truco aquí es que en un principio la vemos como Raskólnikov quiere que la veamos), sin escrúpulos, que ciertamente hace sufrir a sus semejantes y cuya eliminación no parece alterar, sino más bien mejorar, el curso de la sociedad. Pero el entrenador de tenis americano que decide matar a su amante en *Match point* lo hace simplemente por un sobrevenido sentido del deber al que lo obliga la alta sociedad británica, o por no perder más del mucho dinero que ya tiene. Valoremos con más detalle. La alternativa de Raskólnikov si no actúa (si no mata) es desesperada, pero en el caso de la película, si el personaje no actúa (si no mata) ¡lo peor que le puede pasar es seguir enrollado de por vida con Scarlett Johansson! Eso no es un dilema existencialista sobre el que basar una obra de arte, señor Allen, sino más bien lo que ustedes los anglosajones denominan *win-win situation*.



EL TRINEO

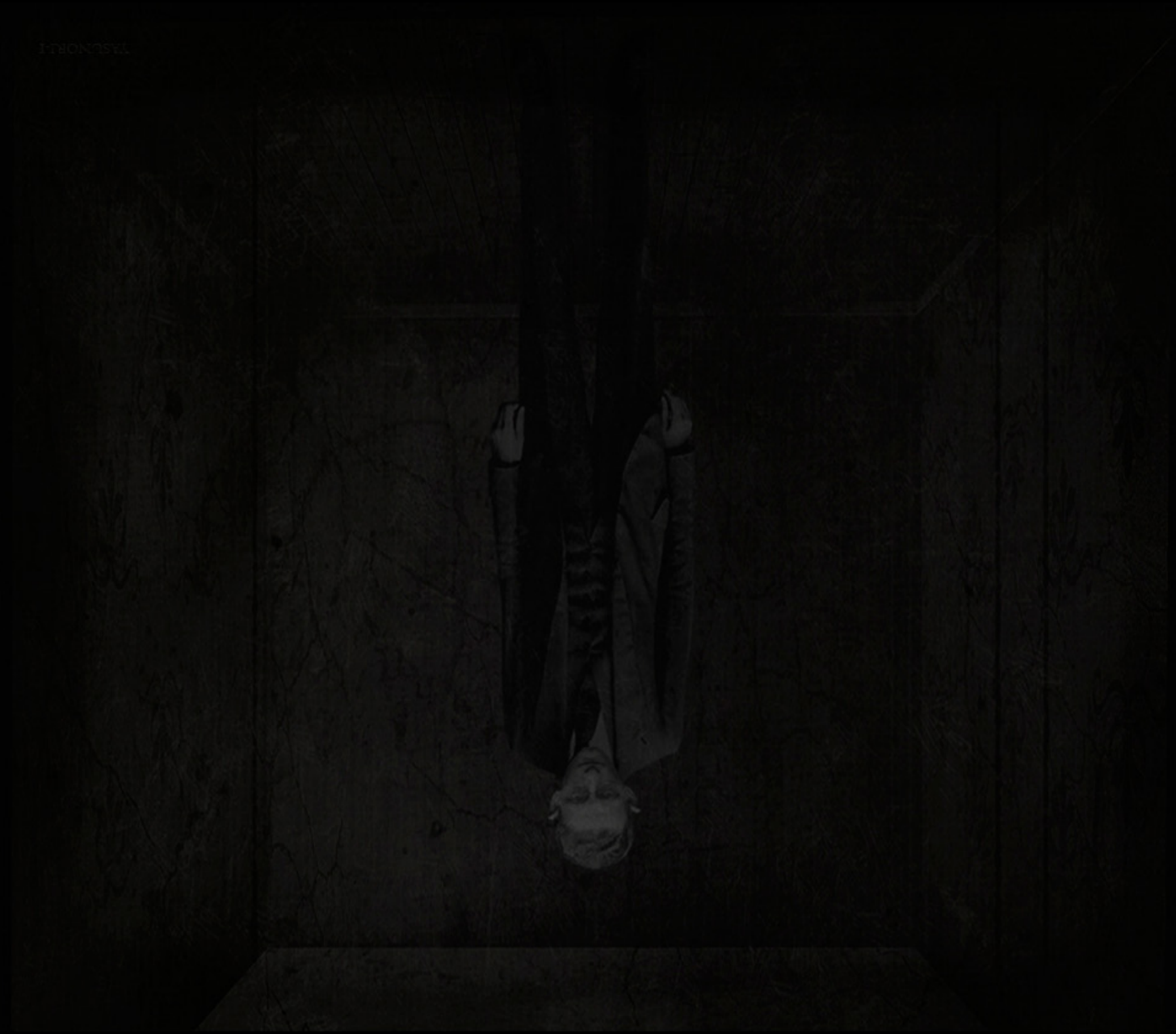
Estoy sentado en el suelo. La habitación es pequeña y oscura. Únicamente, una pequeña ventana a la altura del techo deja pasar un poco de luz. Estoy en un sótano. Mis manos están ensangrentadas. Unos metros más allá, a pesar de la penumbra, puedo distinguir los zapatos de un hombre y una mujer caídos. ¿He sido yo? Creo que sí...

Recuerdo perfectamente el día de mi cuarto cumpleaños. Mis abuelos, mis tíos y todos mis primos acudieron a la celebración con montones de regalos. El jardín de la casa lucía esplendoroso, cubierto de guirnaldas y farolillos de papel de colores. Las mesas, repletas de comida, auguraban un festín memorable. El famoso ponche de la abuela presidía la mesa principal. Toda la familia se reunió a mi alrededor. Relajados y risueños, esperaban la inauguración de la fiesta, una vez fuera revelado el presente de mis padres. Emocionado, me dispuse a abrir mi primer regalo. La silueta del trineo de madera era tan evidente que algunos de mis tíos bromeaban tratando de adivinar qué había bajo el envoltorio: «¡un paraguas!», «¡una bicicleta!», «¡una pelota!», «¡un elefante!», «¡una guitarra!», «¡unos calcetines!»... decían ante la algarabía de todos. Mi gesto empezó a torcerse en aquel momento. Recuerdo que mi padre empezó a gesticular aparatosamente, tratando de detenerlos, y que mi madre, aterrada, corrió a mi lado y apoyó la mano sobre mi hombro, en un desesperado intento de calmarme. No lo consiguió. Aparté su mano y me abalancé sobre el trineo. Despedacé el papel que lo cubría de forma salvaje. Un silencio mortuorio inundó pesadamente el jardín. Cuando conseguí deshacerme del envoltorio observé con el ceño fruncido, durante unos segundos, el precioso trineo blanco, brillante, inmaculado. «¡Yo quería un trineo negro!», chillé completamente desquiciado. Comencé a llorar, a patalear y a chillar, arrancándome la ropa y el pelo a mechones. Mi padre y sus hermanos me sujetaron por los brazos y los pies, pero apenas podían contenerme. Mi madre lloraba desconsolada. Mis tías abanicaban a la abuela, que se había desvanecido. Mis primos observaban la escena catatónicos, incapaces de reaccionar ante tal explosión de violencia. Golpeé con fuerza la barriga de mi tío Lev, que se derrumbó en el suelo. Mordí la mano de mi tío Krestyan, quien, a pesar de todo, no me soltó e incluso me agarró con más fuerza. Y rompí la nariz de mi padre, que empezó a sangrar abundantemente, manchando su camisa nueva. Casi sin aliento, consiguieron llevarme al cuarto de las escobas, donde me lanzaron sin ninguna conmiseración. Cerraron con llave. A pesar de mis alaridos, a pesar de los golpes, nadie se acercó a ese cuarto. Calculo que estuve al menos una hora en aquel estado de maníaco enloquecimiento. Luego, caí rendido al suelo y me dormí. Cuando desperté, estaba en mi cama. Ya era de noche. Mi madre estaba sentada en una silla junto a la cómoda. Su cara demacrada mostraba nítidamente los efectos de la crisis nerviosa que había sufrido. Me miró con ojos suplicantes. «Lo siento mamá», contesté con la mirada, «yo no quería...».

Unos días después, llegó a nuestra casa y a nuestra vida el doctor Schultz. La abuela se hizo cargo de los gastos de contratar a un tutor que velara por mi salud mental. El doctor Schultz, como buen alemán, prescribió un programa muy estricto de ejercicios físicos e intelectuales con el fin de domesticarme. «Nada de medicinas», arguyó, «el problema subyace en una psique desconectada del resto del organismo. Para arreglarla, por tanto, es necesario cultivar no solo la mente, pero también el cuerpo». A pesar de mi corta edad, el doctor Schultz me sometió a un entrenamiento espartano. Al alba, ya en verano o en invierno —y sabe Dios de la crudeza del invierno ruso— salíamos al jardín y realizábamos una completa tabla de gimnasia. A continuación, después de un desayuno frugal, iniciábamos las clases de álgebra y geometría, de astronomía, de literatura, de griego y de latín. El siguiente punto del día era la natación, o bien, si el lago estaba helado, el esquí. Llegaba al almuerzo agotado, por lo que, habitualmente, durante mis únicos treinta minutos libres del día, no podía hacer otra cosa que yacer en cualquier lugar. Por la tarde andábamos. A paso ligero, el óptimo para tendones y articulaciones según el doctor Schultz, caminábamos largas distancias. Al menos veinte verstas diarias. Recorríamos los senderos de las propiedades de la abuela en completo silencio. Nadie interrumpía nuestro paso. Los agricultores nos saludaban con gesto circunspecto. Las mujeres y los niños de las aldeas nos observaban temerosos. «Deja marchar hacia las nubes a tus malos pensamientos», decía, siempre, el doctor Schultz al inicio del recorrido. Alguna vez, sin embargo, no pude controlar mi temperamento. Cuando tenía cinco años, un ganadero no apartó a su vaca del camino y tuvimos que rodearla. Indignado, cogí una azada que alguien había olvidado en uno de los márgenes y ataqué al pobre animal con todas mis fuerzas, infringiéndole tales heridas que tuvieron que sacrificarlo. Otra vez, con seis años ya, divisé a lo lejos a unos niños que jugueteaban con unos perros. Mi tutor trató de desviar nuestro tránsito, pero, al darme cuenta, empecé a correr hacia ellos. Agarré un palo durante la carrera y, al alcanzarlos, empecé a golpearlos duramente. Solo la intervención de mi tutor, que consiguió reducirme estrangulándome y provocando la pérdida del conocimiento, impidió la tragedia. De todas formas, estos episodios eran cada vez más esporádicos, y todos en la familia estaban convencidos que acabarían despareciendo bajo la tutela del doctor Schultz. Por cierto, después del paseo, y como última actividad antes de la cena, jugábamos al ajedrez. El doctor había sido campeón regional en su país y consideraba que el último paso para amueblar mi cabeza consistía en que aprendiera y perfeccionara el más bello de los juegos de estrategia. Le gané la primera partida a los siete años. Luego, el buen doctor solo consiguió un par de tablas. Nunca más me ganó. La rabia y la desesperación contra las que luchaba con su método infalible hicieron mella en él. Al finalizar cada partida, yo lo miraba con altivez, sonriendo maliciosamente, y observaba con interés su cara contrita, tratando de disimular la envidia y la animadversión cada vez más manifiesta que sentía por mí. Acudíamos juntos a la cena, donde él apenas probaba bocado; mientras yo saboreaba la comida, contoneándome y celebrando ostentosamente el triunfo incontestable. Cada día la tabla de gimnasia era más intensa, el estudio más exhaustivo y las caminatas más largas. Enfermó. Cuando cumplí diez años, el doctor Schultz, un hombretón alemán de casi dos metros de altura, convalecía en su cama. Mis padres discutían la necesidad de contratar un sustituto, ya que, con una salud tan debilitada el buen doctor no podría continuar su tarea. Mis arrebatos, igualmente, habían desaparecido, por lo que quizás —pensaban— había llegado el momento de llevar una vida normal. Mientras hablaban, me colé en el cuarto del doctor a la luz de una vela. El pobre hombre sudaba a causa de la fiebre. Su cabello rubio estaba pegado al rostro. Cogí una toalla y me acerqué hacia él. Entonces, vislumbré en sus ojos azules, de mirada cristalina, que me temía. A pesar de haber sido mi tutor desde los cuatro años, a pesar de sus enseñanzas y de sus ideas modernas, aquel hombre me seguía considerando un monstruo. Intentó exhalar un grito de socorro, pero no tuvo tiempo. Apreté la toalla sobre su cara con todas mis fuerzas. Se retorció como un pequeño ratón en las fauces de un gato. Y murió. La señora Horváth fue mi primera y única institutriz. Mis padres, después de encontrarme convulsionando en el suelo de la habitación del doctor Schultz, con la toalla en las manos, comprendieron que era necesario un control férreo de mi comportamiento. La señora Horváth era húngara, enfermera diplomada y, también, lanzadora de peso. Era una mujer bajita y recia, de brazos poderosos. Su tez oscura revelaba sus raíces gitanas. Los rizos negros sobresalían indomables debajo del pañuelo que siempre cubría su ca-

→

PLACER



beza. Los ojos, también negros, eran muy pequeños y lanzaban una mirada hosca y huraña, desconfiada. La misión de la señora Horváth era vigilarme. Hacía gimnasia por las mañanas y caminaba conmigo por las tardes. Y me acompañaba a la escuela. Los médicos que me visitaron después del último «incidente» decidieron que la mejor terapia para mi enfermedad era tratar de llevar una vida lo más normal posible. Igualmente, la señora Horváth permanecía al fondo de la clase durante las lecciones. Y, también, en un banco bajo un roble durante la hora de recreo. Desde allí, consiguió detener más de una vez alguna de mis explosiones. No pudo evitar que clavara el lápiz en la mano de la maestra, cuando se atrevió a discutir una de las operaciones que había hecho; correcta, por supuesto. Pero, al menos, consiguió que no alcanzara su cuello, que era mi objetivo. De forma parecida, la señora Horváth evitó que una niña cayera desde lo alto del columpio. La niña, incauta y vanidosa, no me cedió el paso. Encolerizado, la empujé sin contemplaciones hacia el abismo, y solo la rapidez de la señora Horváth impidió que su cabeza se estrellara contra el cemento. Únicamente el hecho de que mi abuela fuera la mayor terrateniente del lugar evitó que me expulsaran de la escuela. Pero todos me temían. Y nadie se aceraba a mí. Finalmente, a los doce años abandoné la institución.

Mis padres contrataron a otro preceptor para continuar mi formación en casa. Ruso, esta vez: el señor Mendeléiev. Un hombre larguirucho, muy delgado, de cabello ralo y ojos crueles. Sus ojos azules, muy intensos, sobresalían desagradablemente de su cara; un efecto que, para mayor inri, se veía acrecentado a causa del aumento de unos pequeños anteojos de metal. El señor Mendeléiev instauró un sistema de enseñanza aún más estricto que el del doctor Schultz. De la mañana a la noche, me sometía a lecciones interminables de lengua y matemáticas, sin descanso alguno. Únicamente disponía de una hora para realizar un pequeño paseo con la señora Horváth. Además, toda protesta o contestación, incluso una mala mirada, eran castigadas de forma inclemente. «Crimen y castigo, crimen y castigo», repetía siempre, «ese es mi lema». El señor Mendeléiev agitaba el látigo y me golpeaba lo más fuertemente que podía. Si osaba resistirme, la señora Horváth me sujetaba y el castigo era aún más severo. Por otra parte, mi verdugo ideó una versión sofisticada del cuarto de las escobas. Preparó una pequeña habitación, en el sótano, completamente vacía. No había nada. Ni siquiera un cubo donde hacer mis necesidades. En aquella celda me recluía durante horas. Una vez, incluso, pasé tres noches seguidas en el sótano. Después de tres latigazos, que acepté estoicamente, me revolví y agarré la cuerda con fuerza. La señora Horváth, siempre atenta, no consiguió arrebatármela, esta vez. Ella y el señor Mendeléiev se arrodillaron suplicando clemencia. Tenía trece años. Los azoté con tanta violencia que no osaron moverse de su lugar. El señor Mendeléiev estuvo ingresado tres días en el hospital. Cuando volvió, me encerró en el sótano, también durante tres días. La señora Horváth, mucho más fuerte, simplemente se marchó con sus cortes y magulladuras a otra parte. Nunca más regresó. Fue sustituida por dos enfermeros, de complexión aún más atlética, que, a pesar de su título, recibieron el encargo de velar, principalmente, por la seguridad de mi preceptor. Desde entonces, no pude resistirme al suplicio que me infringía el señor Mendeléiev.

Acabé con la vida del señor Mendeléiev hace apenas dos días. Tengo dieciséis años. Estoy loco, lo sé. La cólera me nubla el conocimiento y no consigo controlar mis más hondos instintos. Sin embargo, dos días atrás, asesiné al señor Mendeléiev a sangre fría. Después de ejecutarlo, por unos instantes, vislumbré una vida mejor. Aunque sabía que probablemente sería detenido y encarcelado, tomé conciencia de que había descubierto la fórmula para controlar mi mente enajenada. Evoqué algunas de las palabras del doctor Schultz: «atención focalizada, esa es la clave», decía, «el tablero es ahora todo el universo, no hay nada de lo que preocuparse». Durante casi tres años, planeando el crimen, elaboré un método de contención siguiendo sus consejos, en el cual el deseo y la fuerza de voluntad se enfrentaban cada día en el tablero de sesenta y cuatro casillas blancas y negras. Poco después de la reclusión de tres días en el sótano, reté al

señor Mendeléiev a jugar una partida de ajedrez después de la cena. A pesar de que el señor Mendeléiev era muy buen jugador, lo vencí sin problemas. Sabía que, para él, aquello sería inconcebible, por lo que las partidas continuaron. «Quiero la revancha», reclamaba cada noche. Los dos orangutanes que nos vigilaban gruñían para sí, pero mantenían su posición profesionalmente. Primero, jugábamos dos partidas cada noche. Luego tres. Después cuatro. Los vigilantes dormitaban, pero nunca abandonaban su puesto. Y, finalmente, de madrugada, marchábamos todos, agotados, a nuestras habitaciones. Mi actitud, hierática, molestaba sobremanera al señor Mendeléiev. Por la noche, nunca le daba la satisfacción de poder castigarme. Mis victorias eran elegantes e incontestables. Durante el día, en cambio, decidí que cabía mantener la tensión, y provocaba algún que otro incidente para que pudiera pegarme con el látigo o encerrarme unas horas en el sótano. Durante casi tres años, conseguí establecer una rutina perfecta. No sufrí ni uno solo de mis temidos arrebatos. Todos fueron fingidos. Ahora me doy cuenta de que, aunque muy insanamente, encontré la manera de sobrellevar mi enfermedad; una victoria inesperada de la doctrina del doctor Schultz. Pero el día esperado llegó. Esa noche jugueteé con él. Estuvo a punto de ganarme las cinco veces que jugamos. «Una más, una más», imploró el señor Mendeléiev. Los enfermeros expresaron su disconformidad. Eran las tres de la madrugada. Los despidió. «Váyanse, por el amor de Dios», chilló el señor Mendeléiev, «no los necesito ahora, esto es un juego de caballeros». Asentí tranquilamente cuando me examinó elevando la vista por encima de los anteojos. Los enfermeros, que únicamente querían irse a dormir, aceptaron como buena la explicación. En verdad, llevaban tres años siguiendo el mismo protocolo y nunca había pasado nada. La partida fue vibrante. Disimuladamente, cometí unos cuantos errores. Y, después de dos horas de intensa lucha, el señor Mendeléiev se hallaba a tan solo cinco movimientos de la victoria. No se lo creía. Incrédulo, se rascaba la cabeza compulsivamente, analizando una y otra vez todas las posibles variantes. Finalmente, comprendió que la victoria era suya. Se sacó las gafas y las depositó junto al tablero. Me miró desafiante con sus ojos saltones. «Por fin eres mío», dijo. Lo contemplé sonriente. «Por fin eres mío», respondí. En unas décimas de segundo agarré sus gafas y me abalancé sobre él. Aterrorizado, tomó conciencia de que iba a perder la vida; pero creo que, sobre todo, maldijo perder la oportunidad de culminar su juego, ya que el tablero de madera voló por los aires desperdigando todas las piezas de marfil. Le clavé las gafas en el cuello, en los ojos, en la boca, hasta desfigurarlo. Sus chillidos, agudos como los de un cerdo, despertaron a toda la casa. Los enfermeros me bloquearon demasiado tarde. El señor Mendeléiev se desangraba, la hemorragia era demasiado abundante. Mis padres aparecieron en el umbral de la puerta y contemplaron la escena sobrecogidos. Me encerraron en el sótano.

Hace un rato, mis padres han entrado a la habitación. Traían consigo un objeto, que al principio no distinguía. Hasta que mi padre lo ha depositado en el suelo. Era un trineo, un precioso trineo de color blanco, brillante, inmaculado. «Hijo mío», ha dicho mi madre, «no podemos más».

FLOTO GRAFÍAS

Rússia és un dels països més grans del planeta, i també ha estat una potència mundial al llarg dels segles amb un indubtable pes en la geopolítica mundial. Malgrat aquest indubtable pes en la història i tot i estar plena de referents (com Dostoievski, Tolstoi o Pushkin en la literatura, o Stravinsky, Txaikovski, Shostakòvich i Rakhmàninov en la música; per citar dues disciplines artístiques) encara és una gran desconeguda per nosaltres.

Occident (Europa) sempre s'ha emmirallat més en els Estats Units que no pas en Rússia. Una anècdota que fa palès això és la pregunta que alguns russos et solen fer quan comparteixes un trajecte en tren (el transiberià) o una passejada que fruit de la casualitat esdevé conjunta: Saps qui va guanyar la Segona Guerra Mundial? Ells ho tenen clar, fou Rússia qui va salvar Europa del feixisme, qui va entrar a Berlín. I ho diuen amb recança perquè senten que Europa mai ho ha agraït, sempre ha mirat cap als Estats Units, cap al capitalisme i cap a Hollywood que és qui, a través de les seves pel·lícules heroiques ha dibuixat una realitat àmpliament acceptada.

Un altre fet és que Rússia encara és força desconeguda per nosaltres. Tornant a les converses amb russos podríem dir que saben moltes més coses ells d'Europa que no pas a la inversa.

Si hagués de fer un retrat del caràcter rus en destacaria la duresa (fruit d'una història implacable marcada pel fred, la fam o les diferents guerres i revolucions) però també la innocència, la mirada d'un infant que encara creu en els grans herois. Malgrat aquesta façana de respecte, una altra de les lliçons apreses durant una estada a Rússia és que la gent és amable i malgrat no entendre't t'ajudaran a agafar un tren que no saps quan passa, t'acompanyaran a correus a tirar una carta, et convidaran a fer un passeig pel llac o et convidaran a dolços o vodka sense demanar res a canvi. I fins i tot (encara que costi trobar algú que parli anglès) pots acabar en un bar amb un grup d'estudiants de castellà (que no ha trepitjat mai la península) veient *Ocho apellidos catalanes*. Ja ens ho deia la Dana, una noia russa que vam conèixer al llac Baikal, quan un rus t'accepta passes a ser com de la família. Encara rebem cartes del Pàvel, amb qui vam compartir llargues passejades per l'illa d'Olkhon i que ens venia a buscar cada nit per passejar i parlar de Barcelona o de política.

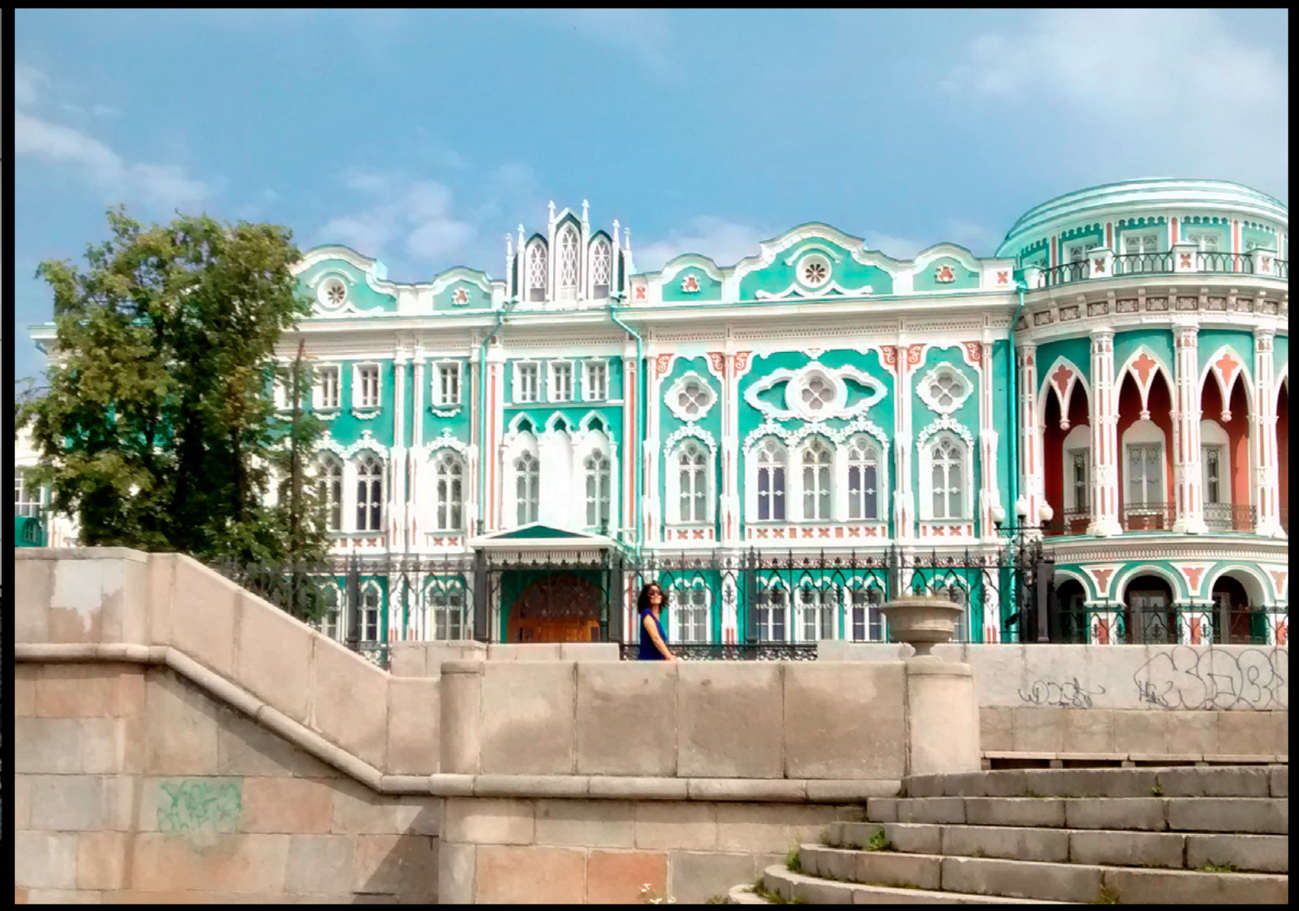
L'altra visió és la de la immensitat. Rússia és enorme. La visió que podem tenir d'Europa és com d'un sol país, no d'un conglomerat més o menys ben avingut. Estem acostumats a un país que creues en tres hores de cotxe, pel que les distàncies et fan sentir petit i aclaparat. Rússia és un gegant. Un gegant de moltes cares, a voltes més moscovita a voltes més modern com Sant Petersburg, a voltes més tsarista o potser més leninista, o fins i tot, com actualment, una barreja de comunisme i capitalisme encobert.

A continuació, podeu contemplar algunes de les fotografies d'un viatge per Rússia (amb tren) ben recent. Esperem que ajudi a il·lustrar aquest Placer, que té com a eix Dostoievski, un dels pilars de la literatura russa i també un bon retratista del seu temps. També, creiem, és una bona manera d'entendre més aquest caràcter, de perdre la por al gegant i conèixer-lo de ben a prop.

ЧЕРНАВСКИЙ ЛЕСПРОМХОЗ

ОМСК

ЕКАТЕРИНБУРГ



PLACER

PRIMERAS APROXIMACIONES A

LOS HERMANOS KARAMÁZOV

(LOS TRES)

¿De qué manera es capaz un hombre de sobrevivir a su propia ansia? Y miren que no pongo condicionantes tipo: «... y no perder la cordura en el intento o sin caer en la propia ansiedad por afrontar tamaña gesta». Insisto, sin florituras: ¿cómo sobrevivir a la propia ansia? La renuncia a la atenuación de la experiencia ha sido descartada a consciencia, sobre la base de la poca vergüenza y la impunidad en la que me muevo. No llegará a veinte páginas de *Los hermanos Karamázov* lo leído hasta ahora, y contiene una ligera —por prematura— pero certera descripción de los susodichos hermanos, del padre y las madres de ellos y de algunos parientes lejanos dispersados por el siglo XIX. Y ya hay varias cosas que me empujan hacia el precipicio de las primeras aproximaciones.

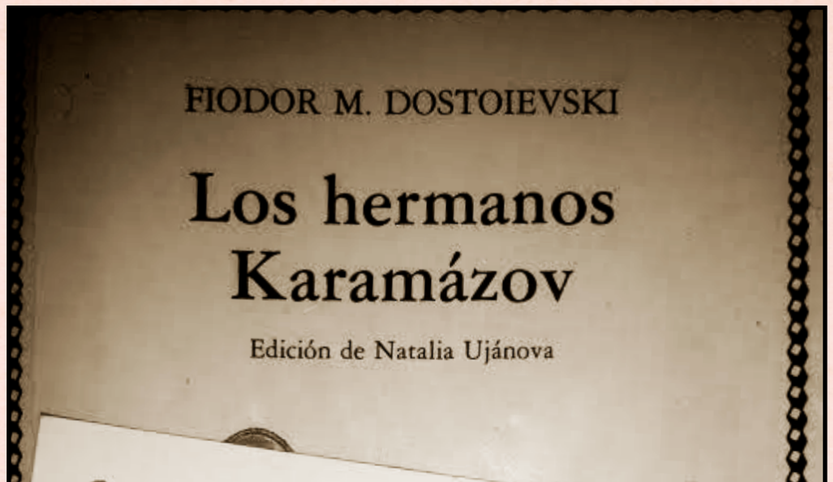
Antes de enfangarme, permítanme arrastrarme por la pureza seca del terral de las cuestiones técnicas. Más arriba dije veinte páginas y eso no es exacto. Considerando la edición de Natalia Ujánova publicada por Ediciones Cátedra en 1987, prestada de la biblioteca pública, he leído la primera parte de la novela (trataré este tema posteriormente), que consta de treinta y cinco páginas. Sorprendido por su brevedad, he afrontado la segunda parte de la novela, de la cual he leído diecisiete páginas. Aclaración técnica realizada. Acabo de limpiarme los pecados, que producen ineludiblemente las tácticas de *marketing* aplicadas a cualquier cosa, mediante su penitencia. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar? Y fíjese que aquí tampoco utilizo atenuantes tipo: «... por demostrar su gusto por la lectura» o «... con tal de no dejar una lectura a medias». Insisto, ¿hasta dónde está dispuesto a llegar? Lo que llega es el momento de echar agua a la tierra que nos reboza y empezar a cargar sobre nuestros hombros el barro que nos merecemos.

La típica situación en la que el narrador habla directamente al lector. Siempre recuerdo, llegado el caso, a nuestro expresidente contando cómo echó airado de su cama a un participante del concurso de relatos del cual somos jurado. «A little respect, man!». Siempre he creído que el emisor debe ignorar al receptor en pos de cierta higiene en los intereses de cada uno. Como dijo uno de los hermanos Panero (el que menos fumaba), en esta vida se puede ser de todo menos brasas, y contar con la participación del receptor me parece el primer paso hacia un horizonte donde lo coges de las solapas y lo zarandeas mientras le escupes en la cara su culpa por no participar gozosamente de tus mierdas (quizá ahora piense que usted es el receptor de mi emisión y que le estoy dando la brasa: dude de ello. La emisión ya se hizo, la brasa se consumió en soledad). Dostoievski, en *Los hermanos Karamázov* (primera aproximación a su obra por mi parte) habla directamente al lector. Y está estupendo. Me habla con una educación y una dulzura estimulantes, me arrulla, me coge de las solapas, me sopla una pestaña caída y enredada sobre los pelos de la punta de mi nariz. Nadie en su sano juicio querría echarlo de su cama.

Las sorpresas han sido varias; quizá la que resalta sobre este paisaje de finales de invierno es que los hermanos son tres, no dos. Más allá del chiste (segunda cosa ineludible de este artículo: como se llama Dostoievski pensaba que serían dos hermanos (también me sorprendió que no llamara a la novela *Los hermanos Toievski*)), no encuentro el motivo de mi convencimiento de este *fake knowledge* de cosecha propia. La sorpresa, tras la ofensa inicial por recordarme lo insignificante que soy, ha lubricado mi actitud hacia el libro abriendo una ventana ahí donde antes había una pared saturada por los cientos de retratos donde aparece el icono de los dos hermanos alzados en armas. Entre ellos, por supuesto. Ya no más Caín y Abel ni Rómulo y Remo. Gracias camarada Dostoievski, parece que son tres hermanos en la novela, y ello me hace estar contento.

En los escasos pasajes a los que he accedido en las primeras aproximaciones, he percibido el paladeo del que conoce hondo los gozos. No hay ansia, su ritmo lento regula el corazón del colibrí que apenas puede sujetar las mil y pico páginas que tiene entre sus ¿patas? (¿No le harían falta patas al colibrí más allá de esta situación accidental? ¿En su día a día?). También he percibido la sana tendencia al patetismo, una de las caras más esbozadas de la verdad (puaj, la verdad, el barro en el cual estábamos ya es un fango asfixiante y definitivo), y eso siempre es motivo de alegría.

Y como he encadenado dos párrafos con cierre en positivo, solo añadiré que bien está lo que bien acaba.



Mi aventura con los hermanos acaba precipitadamente poco después de comenzar estas líneas, cuando descubro que alguien ha reservado el libro en la biblioteca, hecho que me obliga legal y moralmente a devolverlo en un plazo no superior a un mes desde que me lo llevé. ¿Qué clase de lector elige a *Los hermanos Karamázov* para el mes de agosto si no tiene que documentarse para editar una revista en septiembre? Las primeras investigaciones me indican que no es uno de los nuestros, seamos quien seamos nosotros.

Eso sí, pongo en marcha un plan, a ojos vista infalible, para revertir dichos indicios y cerrar el fichaje de otro insensato hedonista para nuestra querida revista. *Arre!*

RECUERDOS DE LA CASA DE LOS MUERTOS

Después de colaborar en casi todos los números de esta, su/nuestra revista, uno ya ha adquirido la certeza de que, por muy inescrutables que sean los designios del Placer, estos siempre acabarán revelándose por mucho que, en época estival —con más temor que esperanza de no poder satisfacer los deseos del Consejo Editorial (más Suplicante que nunca en esta época del año)—, pongamos tierra de por medio. Esta vez, la «revelación» se produjo entre muebles del siglo XIX y XX, vasijas y cuadros de vaya usted a saber qué época y un amasijo de vestimentas que permitiría repasar los cambios experimentados por la moda a lo largo del siglo pasado. En definitiva, *chez un de ses adorables brocanteurs* tan frecuentes en cualquier pueblecito francés (en este caso, de la Dordogne). Sin que esto pueda suponer gran extrañeza, el colaborador de Placer, de entre todo ese amasijo de cachivaches, lo primero que advirtió (y lo único que adquirió) fue un relato de Dostoievski; un libro que ahora tengo aquí a mi lado, mientras escribo estas líneas casi embriagado por el olor tan característico de los libros de bolsillo editados en el país vecino por la editorial Folio (entre otras) a finales del siglo XX; en 1980, para ser más exactos. La casualidad ha querido que, en este caso, en vez de dar con uno de los textos más conocidos del autor ruso, se trate de un relato en el que Dostoievski recrea, en cierta manera, los años pasados en prisión y en trabajos forzados en Siberia tras haber sido condenado en 1849, a los 28 años de edad, por supuestas actividades conspiratorias contra la autoridad del Zar (circunstancia que un servidor desconocía por completo pero que, seguro, el resto de la plantilla de Placer ya se ha encargado de explicarnos convenientemente). El libro lleva el título de *Recuerdos de la casa de los muertos*. Ignoro si sucede lo mismo en las ediciones españolas o si está disponible en internet (prefiero lanzarme a la aventura sin averiguarlo) pero el volumen que tengo entre las manos finaliza con la publicación de una emotiva y, en cierto modo, reveladora carta que Fiódor Dostoievski escribió de manera clandestina a su hermano Mijaíl, en 1854, tras cumplir la primera parte de su condena y antes de incorporarse al ejército donde aún debería cumplir, como soldado raso destinado en Siberia, el resto de su condena. Como no podía ser de otra manera, el escritor dedica la mayor parte de las líneas a describir las penosas condiciones en que vivió a lo largo de esos años de reclusión y a la narración de numerosas experiencias, pero pienso que, para el lector de Placer, lo que mayor interés presenta son algunos aspectos, tal vez de orden más práctico o mundano, que trascienden y que, en cierto modo, dejan entrever algunos rasgos de la psicología de Dostoievski y atisbar cómo este, a pesar de su juventud y de que ya había cosechado un cierto reconocimiento literario con alguna de las obras publicadas antes de su detención, tras la experiencia traumática vivida a lo largo de esos años de reclusión parece tener una idea más concisa de cuál va a ser su proyecto vital y literario el resto de su vida. Confiando en que, en efecto, el lector experimente ese interés, me lanzo a traducir aquellos pasajes que más me han llamado la atención en este sentido.«Por fin creo que voy a poder hablar contigo de manera más prolongada y franca. Pero antes de escribir una sola palabra, te pregunto, en el nombre del Señor, ¿por qué no me has escrito hasta ahora una sola línea? Y, ¿podría yo esperarme eso? ¿Te das cuenta de que, en mi aislamiento y reclusión, he sucumbido en ocasiones a la desesperación imaginando que ya no te encontrabas en este mundo y preguntándome entonces, durante las largas noches, cuál había sido el destino de tus hijos y maldiciendo mi suerte por no poder ayudarlos? Otras veces, cuando conseguía saber con certeza que estabas vivo, no podía evitar enfadarme (pero solo en esas horas de malestar o debilidad no raras en mí) y te dirigía los reproches más amargos. Pero ese estado no podía durar; te excusaba y trataba de comprender los motivos que pudiesen explicar tu actitud; ello me tranquilizaba y nunca he perdido la fe en ti; sé bien que me quieres y que me guardas aprecio. Te he escrito una carta a través del Estado Mayor. Imagino que la debes haber recibido; esperaba tu respuesta, pero esta no me ha llegado. ¿Es posible que te hayan prohibido escribirme? Sin embargo, hay autorización para ello y todos los "políticos" que hay por aquí reciben varias cartas a lo largo del año. [...] Creo que puedo adivinar la verdadera razón de tu silencio. Perezoso como eres, no has ido a pedir la autorización a la policía; o, si has ido, te has contentado con la primera respuesta negativa, tal vez dada por un funcionario probablemente mal informado. Me has causado, con ello, una tristeza bien grande y no he podido evitar decirme: "Si no es capaz de espabilarse por una carta, ¡qué puedo esperar cuando lo necesite para cosas más importantes!". Escribe y responde lo más rápidamente posible; pero hazlo primero por la vía oficial, sin esperar ninguna ocasión especial; escribe de manera detallada y larga. Me siento ahora mismo como un miembro que os hubiera sido arrancado y quisiera volver a unirme a vosotros, pero no sé cómo. *Les absents ont toujours tort* (Los ausentes siempre están errados; en francés en el original). ¿Es posible que sea así entre nosotros? No, no te inquietes, tengo fe en ti».

«Hace ya una semana que he salido de reclusión. Esta carta te la envío en el más absoluto secretismo, no digas nada a nadie. De hecho, volveré a escribirte de manera oficial a través del Estado Mayor del Cuerpo siberiano. Responde inmediatamente a la carta oficial y, en cuanto te sea posible, a esta otra; como te decía, también en la oficial debes explicarme con detalle todo lo que te ha sucedido a lo largo de estos cuatro años. En lo que a mí concierne, sería feliz si pudiese enviarte volúmenes enteros, pero como apenas tengo tiempo de escribir esta carta, me voy a ceñir a lo esencial. Pero, ¿qué es lo esencial? ¿Qué ha sido lo esencial para mí a lo largo de estos años? Cuando pienso en ello, me doy cuenta de que no te contaré nada en esta carta. ¿Cómo explicarte mi estado de ánimo; mi conciencia; todo lo que he vivido durante este tiempo; mis convicciones y aquello en lo que me he detenido? No me voy a ocupar de ello. Un trabajo así me es imposible y no me gusta dejar nada a medio hacer, y decir una cosa u otra no tendría el menor sentido. Sin embargo, el relato principal está ante tus ojos. Léelo y extrae las conclusiones que quieras. Mi deber es hacerlo así y. por ello, me remito a los recuerdos».

Fiódor recuerda a continuación a su hermano el momento en que se vieron por última vez, justo en la medianoche del día de Navidad de cuatro años atrás cuando, ya detenido y condenado, lo destinan, a él y sus tres compañeros, fuera de San Petersburgo. Recuerda cómo en el trayecto vislumbró, a modo de despedida, los domicilios de sus familiares y seres más queridos. También narra el posterior traslado en trineo, padeciendo un frío y unas condiciones atroces; el paso a través de los Urales y la posterior llegada a Siberia. En las siguientes líneas contrasta la descripción del carácter amable de la gente de los pueblos que habían cruzado con los trazos arbitrarios, despóticos y crueles del máximo responsable del centro de reclusión. Asimismo, Fiódor pone al corriente a su hermano de la dificultad de sobrevivir durante cuatro años a la hostilidad del resto de condenados. Hostilidad causada, esencialmente, por cuestiones de diferencias de clase social.

A continuación, sigue el relato de los penosos trabajos que Dostoievski y sus compañeros de condena se vieron obligados a realizar, así como las lamentables condiciones de vida que soportaron y las diferentes enfermedades que padeció como consecuencia de todo ello. Aparece aquí la primera referencia literaria.

«Juzga, hermano mío, cómo podíamos defendernos cuando había que vivir, comer, beber y dormir durante años con esta gente. No teníamos ni tiempo de lamentarnos, tal era la sucesión de vejaciones. "Vosotros, nobles, picos de hierro, nos habéis devorado. Antes eras un señor, torturabas al pueblo y ahora, mírate aquí, por debajo del más miserable, convertido en nuestro igual". Esa era la constante durante estos cuatro años. 150 enemigos que no se hastiaron de perseguirme; en ello radicaba su placer, su distracción, su ocupación,

→

PLACER

y lo único que nos salvó fue nuestra indiferencia, nuestra superioridad moral, de la que no podían no darse cuenta y que respetaban, y, también, nuestro rechazo a someternos a sus caprichos. Siempre tuvieron conciencia de nuestra superioridad. No sabían nada sobre la naturaleza de nuestro crimen y guardamos silencio sobre ello, por lo que la posibilidad de que nos comprendiesen era nula; hemos tenido que soportar todas las venganzas y persecuciones contra la nobleza: eso los mantenía vivos y les hacía respirar».

«Juzga, hermano mío, cómo podíamos defendernos cuando había que vivir, comer, beber y dormir durante años con esta gente. No teníamos ni tiempo de lamentarnos, tal era la sucesión de vejaciones. "Vosotros, nobles, picos de hierro, nos habéis devorado. Antes eras un señor, torturabas al pueblo y ahora, mírate aquí, por debajo del más miserable, convertido en nuestro igual". Esa era la constante durante estos cuatro años. 150 enemigos que no se hastiaron de perseguirme; en ello radicaba su placer, su distracción, su ocupación, y lo único que nos salvó fue nuestra indiferencia, nuestra superioridad moral, de la que no podían no darse cuenta y que respetaban, y, también, nuestro rechazo a someternos a sus caprichos. Siempre tuvieron conciencia de nuestra superioridad. No sabían nada sobre la naturaleza de nuestro crimen y guardamos silencio sobre ello, por lo que la posibilidad de que nos comprendiesen era nula; hemos tenido que soportar todas las venganzas y persecuciones contra la nobleza: eso los mantenía vivos y les hacía respirar».

«Añade a todo ello la casi imposibilidad de hacerse con un libro; cuando consigues uno, hay que leerlo a escondidas; alrededor de uno, la eterna hostilidad y la bronca, las injurias, los gritos, el vocerío; nunca en soledad, siempre bajo vigilancia, y así durante cuatro años. [...] Cómo se han transformado mi alma, mis creencias, mi inteligencia y mi corazón a lo largo de este tiempo, no te lo contaré, sería demasiado largo. Pero la constante introspección, huyendo de la amarga realidad, ha dado sus frutos. Siento en mi interior unas exigencias y unas esperanzas en las que nunca había reparado. Pero todo esto solo son incógnitas para ti; obviémoslas. ¡Una cosa! No me olvides y ayúdame. Necesito libros y dinero. Házmelos llegar, por el amor de Dios.

«... Ya te he contado cómo tu silencio me ha torturado a veces. Gracias por el dinero. Ya en tu primera carta (incluso la oficial, porque no sé si podré hacerte llegar otras) ponme al corriente de tu situación. Háblame de Emilia Fedorovna; de los niños; de todos los familiares y amigos; de los conocidos de Moscú; de los que viven y de los que han muerto; de tu negocio, cuéntame con qué capital has comenzado, si dispones de dinero y de si puedes ayudarme materialmente y qué cantidad estás en condiciones de enviarme cada año. Pero no envíes dinero en la carta oficial, a no ser que no pueda conseguir otra dirección. Mientras tanto, envíalo de parte de Mikhail Petrovich (ya me entiendes). Aún tengo algo de dinero; en cambio, no dispongo de un solo libro. Si puedes, envíame las revistas de este año; por lo menos, Los Anales de la Patria. ¡Pero he aquí lo que es imprescindible! Me hacen falta (los necesito absolutamente) textos de los historiadores clásicos (en una traducción francesa) y modernos (Vico, Guizot, Thierry, Thiers, Ranke, etc.); de los economistas y de los padres de la Iglesia. Escoge las ediciones menos caras y más voluminosas. Envíalos inmediatamente, pero en el caso de los libros, recuerda no hacerlo a la dirección oficial. Sobre todo, ten en cuenta que el primer libro que necesito es un diccionario alemán».

A continuación, le expone que va a ser destinado a Semipalatinsk y que le es indiferente lo que allá le aguarde, pero sí le insiste en que interceda para intentar que en un año o dos sea reasignado en el Cáucaso.

«¡Por lo menos es Rusia! ¡No me olvides, hermano! Dirás que te escribo y que decido sobre todo, incluso sobre tu fortuna, pero mi fe en ti no se ha apagado. Eres mi hermano y me amabas. Necesito dinero. *Il me faut vivre, frère. Ces années ne passeront pas sans porter des fruits* (en francés, en el original). Necesito dinero y libros. No dejarás a tus hijos sin ropa si me ayudas. Por poco que viva, se lo devolveré con creces. Estoy convencido de que se me permitirá publicar de aquí a seis años, tal vez antes. Muchas cosas pueden todavía cambiar y a partir de ahora, no escribiré más futilidades. Oirás hablar de mí.

Nos volveremos a ver, hermano, muy pronto. Lo creo firmemente. Tengo el alma en paz, todo mi porvenir y todo lo que pienso hacer, lo tengo ante mis ojos. Estoy satisfecho con mi vida. [...] Temo más al hombre simple que al sofisticado; pero, en definitiva, los hombres son hombres en todas partes. Incluso en presidio, entre los bandidos, he acabado en cuatro años por descubrir hombres verdaderos. Lo creas o no, hay naturalezas profundas, fuertes, maravillosas, y cómo reconforta descubrir oro bajo la ruda corteza. Y no solo en un caso o dos, sino repetidas veces. Imposible no respetarlos, cuando no admirarlos profundamente. Enseñé a un joven cherqués (en prisión por bandidismo) a leer y escribir en ruso. ¡Con qué gratitud me colmó! Otro rompió a llorar al despedirnos. Le había dado dinero, muy poco, pero su reconocimiento no conocía límites. Y, sin embargo, mi carácter se ha agriado. Era caprichoso e impaciente con ellos. Y, sin embargo, respetaban mis cambios de humor y los soportaban sin un solo murmullo. ¡Qué variedad de caracteres he descubierto y me llevo de aquí! Me he acostumbrado a ellos y, en consecuencia, creo conocerlos bien. Cuántas historias de vagabundos y de bandidos y de toda esta vida negra y miserable. Podría escribir volúmenes enteros con ellas. ¡Qué pueblo tan maravilloso! En definitiva, no he perdido mi tiempo. He aprendido a conocer, si no a Rusia, por lo menos a su pueblo; y a conocerlo bien. Como pocos lo conocen, tal vez. Este es mi pequeño orgullo. Confío en que merezca perdón.

[...] Esta carta es secreta. Por Dios, mantenla así e incluso, quémala: no comprometas a nadie. No olvides lo que te he comentado acerca de los libros: los historiadores, los economistas, Anales de la Patria, los padres de la Iglesia y la historia de la Iglesia. No envíes todo junto, pero empieza ya mismo a hacerlo. Dispongo de tu bolsillo como si fuese el mío, pero es porque ignoro tu situación material. Infórmame con detalle sobre ella para que pueda ser consciente de la realidad. Pero sé consciente, hermano, de que los libros son la vida, mi alimento, mi porvenir. No me abandones, en el nombre del Señor. ¡Te lo suplico!

[...] Envíame el Corán, la *Crítica de la razón pura* de Kant y, si tienes la oportunidad de hacer envíos de forma clandestina, sobre todo, hazme llegar obras de Hegel; en especial, su *Historia de la filosofía*. ¡Todo mi futuro depende de ello! Pero, por Dios, concentra tus esfuerzos en intentar conseguir mi traslado al Cáucaso. Contacta con gente competente y averigua si me permitirán publicar y qué pasos debo seguir para solicitarlo. Lo haré en dos o tres años. Hasta entonces, ayúdame, te lo ruego de nuevo. Sin dinero, sucumbiré a mi vida de soldado. ¡Cuento contigo! ¿Sabes si el resto de la familia me podría ayudar en cierta medida, aunque solo sea esta primera vez? Si así es, que te den el dinero y házmelo llegar.

[...] Abrazo bien fuerte a los niños. ¿Se acuerdan todavía del tío Fedia? Saluda a todos los conocidos; pero guarda absoluto silencio sobre esta carta. ¡Adiós, adiós, mi querido! Oirás hablar de mí y tal vez nos volvamos a ver. Sí, seguro que nos volveremos a ver. Adiós. Lee con atención todo lo que te he escrito. Escríbeme con frecuencia (aunque sea por la vía oficial). Te abrazo, a ti y a todos los tuyos, un número incalculable de veces.

Tu D

P.S. ¿Has recibido mi *Cuento para niños* que escribí en prisión? Si lo tienes en casa, escóndelo y no lo enseñes a nadie. ¿Quién es Tchernov, el autor de *Doble*, publicado en el 50? Adiós.

Tu Dostoievski

P.S. Mañana creo que parto para Semipalatinsk. [...] Te daré otra dirección no oficial cuando llegue allí; pero escríbeme, sin falta, por la vía oficial y lo más rápido y extensamente que puedas. Por Dios, haz las gestiones que puedas por mí. ¿No me podrían enviar al Cáucaso o a cualquier otro lugar fuera de Siberia? A partir de ahora voy a escribir novelas y dramas, pero aún hay mucho, muchísimo, por leer. No me olvides. Abraza mil veces a los niños. Adiós.

Tu D»

EL IDIOTA

Augusto Monterroso escribió un relato muy breve llamado *Homeaje a Masoch*, que es preferible leer en este enlace antes de continuar con este artículo.

A pesar de su título, *Homenaje a Masoch* es, en realidad, un magnífico homenaje a Dostoievski y también, por qué no, a todos aquellos lectores capaces de dejarse arrastrar por esa fascinación morbosa[1] que late en sus grandes novelas.

El argumento del relato es aparentemente simple. El protagonista, incapaz de enfrentarse a un fracaso sentimental, recurre a la lectura de un fragmento de *Los hermanos Karamázov* para autoprovocarse un lacrimógeno desbloqueo emocional. Pero su lectura acostumbra a dejar un regusto agridulce. Como lectores, nos incomoda reconocer que algo nos une al protagonista de la historia que, después de fingir una falsa jovialidad, prepara cuidadosamente un catártico chapoteo en lágrimas de papel. En esa situación, la apasionada lectura de la trágica escena coral de *Los hermanos Karamázov* es tan vibrante como ridícula. Pero eso no nos provoca rechazo, sino compasión.

Por otro lado, el relato también nos muestra de una forma ingeniosamente sencilla la magistral capacidad del autor de *Los hermanos Karamázov* para sacudirnos y removernos por dentro. Eso sí, siempre que nos dejemos llevar. Monterroso nos plantea: Dostoievski es esto; o lo tomas o lo dejas. Tomémoslo, pues, y aprovechemos la ocasión para añorar al risueño Monterroso; por cierto, tan diferente del célebre ruso.

Entre otros motivos, sumerjámonos en Dostoievski porque su capacidad para removernos por dentro va mucho más allá del folletinesco dramatismo de algunas de sus escenas. La devoción que Nietzsche y Freud tuvieron por él tiene mucho de reconocimiento entre iguales. Los tres se enfrentaron cara a cara y con valentía a lo que les planteó su época. Los unió el coraje de iniciar esa vertiginosa y escalofriante nueva forma de pensar y de sentir ese giro para mirar, de repente, hacia adentro, allí donde solo se ve un vertiginoso agujero infinito. Si Dios no existe, todo está permitido, dice Iván Karamázov. Nietzsche se pregunta: «¿Quién nos prestó la esponja para borrar el horizonte?».[2] Freud toma nota, rompe en pedazos el yo y comienza a escarbar.

En cambio, el distante conde Tolstoi se vanagloriaba de no caer en lo que para él era un engaño. Comparaba a Dostoievski con un caballo que, a primera vista, parece espléndido, pero que de pronto deja ver que cojea y ya no daríamos dos kopeks por él. Alice Munro, en cambio, decía que prefería con mucho Dostoievski a Tolstoi precisamente a causa de sus imperfecciones. Es decir, no es una cuestión de dejarnos engañar, sino de preferencias. No solamente sabemos que el caballo es cojo, sino que también vemos que es tuerto, sarnoso y que una sospechosa espuma mana abundantemente de su boca. Pero sabemos que tiene alma (aún más: alma rusa) y que, si nos subimos a él y cabalgamos con convicción, nos llevará hacia donde, como decía Nietzsche, se ha borrado la línea del horizonte.

Dostoievski supo encarnar en sus personajes esa nueva y aterradora incertidumbre. Sus grandes novelas cabalgan a lomos de los desmesurados pensamientos, diálogos y arrebatos de sus personajes; mujeres y hombres complejos, imprevisibles y en continua lucha eterna. Poco dados al conformismo o a las soluciones de compromiso, a menudo dudan entre la más ruin mezquindad o el más heroico sacrificio. No saben si asesinar o suicidarse, si amar o humillar. Planean una cosa, acaban haciendo la contraria, y a menudo parecen tan sorprendidos por su elección como los propios lectores[3].

PLACER

Dostoievski dijo una vez: «Amo a la humanidad pero, para sorpresa mía, cuanto más quiero a la humanidad en general, menos cariño me inspiran las personas en particular». Quizá su mejor forma de amar a la humanidad fue crear los personajes de sus novelas.

En sus cartas, Dostoievski explicó que crear el personaje del príncipe Lev Nikoláievich Myshkin le costó un inmenso esfuerzo. Quiso que fuera similar a Don Quijote, a quien reverenciaba: «Entre todas las figuras hermosas de la literatura cristiana, la de Don Quijote es la más perfecta. Pero Don Quijote es hermoso precisamente porque al mismo tiempo es ridículo». Dostoievski sabía que la línea que separa lo sublime de lo ridículo es, a menudo, extremadamente delgada y permeable, pero eso no lo frenó.

Su intención era «presentar de modo positivo un hombre efectivamente bueno» pero, por suerte para la literatura, el Dostoievski literato fue mucho más allá que el Dostoievski moralista, que pretendía presentar de forma aleccionadora al príncipe Myshkin como un perfecto arquetipo moral. Así que, finalmente, el bueno (que no idiota) de Myshkin, epiléptico como su creador y extremadamente sensible, no tiene un transitar ejemplar por la novela, ya que provoca mil y un equívocos, se hace un lío con el amor y no tiene un final en absoluto feliz ni ejemplar, como tampoco lo tienen otros compañeros principales de reparto como Nastasia Filíppovna, Aglaya Ivánovna o Gogzhin.

Según Anna Grigórievna, su viuda, Dostoievski afirmaba sobre *El idiota* que, como escritor, nunca había tenido una idea más poética y más rica, pero que no había logrado expresar ni siquiera la décima parte de lo que quería decir. Pero para muchos de sus lectores, y sobre todo para aquellos que alguna vez (y mucho más en la adolescencia) nos lanzamos de cabeza en el mar de morbosa fascinación de sus grandes novelas, la historia del príncipe Myshkin es una de nuestras lecturas más memorables. Porque, quizá, conmovernos con la historia del príncipe Myshkin tenga que ver con aquello que Dostoievski llamaba amar a la humanidad.

1) El tema de la fascinación morbosa de las grandes novelas dostoievskianas está magistralmente expuesto por José María Valverde en *Historia de la literatura universal*. Tomo 7, pág. 448-452. Ed. Planeta, 1985. 2) Aforismo 125, *El loco*, en La Gaya Ciencia. 3) A pesar de su poco convincente conversión al cristianismo y al paneslavismo, y de su retrógrado rechazo a la modernidad, Dostoievski vivió siempre, al igual que sus personajes, sumido en dudas y perplejidades. Baste un ejemplo sobre su paradójica religiosidad: «Yo creo en Dios pero Él no cree en mí».

HÉROES

«¿Qué mejor opción, para viajar hondo, que buscar la compañía de los personajes enfermizos y atormentados de Fiódor Dostoievski?», nos preguntamos antes de comenzar este número. No contestaremos ahora esta cuestión. Igualmente, quienes nos conocen ya son conscientes de nuestras «desviaciones», por lo que pueden intuir la respuesta correcta. En fin, con esta cuestión, simplemente, queríamos resaltar la idiosincrasia tan particular de la mayoría de los héroes de este autor. Héroes, sí. O más bien, si acuñamos un término más moderno (y preciso), antihéroes. De Rodión Románovich Raskólnikov en *Crimen y castigo* a Alekséi Karamázov en, obviamente, *Los hermanos Karamázov*, Dostoievski dibuja una serie de personajes inclasificables (enfermos mentales, muchas veces mezquinos, grotescos, malvados...) que sufren toda suerte de desventuras delirantes. El mismo Dostoievski, en el prólogo de *Los hermanos Karamázov* afirma: «Al dar comienzo la biografía de mi héroe, Alekséi Fiódorovich Karamázov, experimento cierta perplejidad. En efecto: aunque llamo a Alekséi Fiódorovich mi héroe, sé muy bien que no es, de ningún modo, un gran hombre [...] Una cosa, quizás, es bastante indudable: se trata de un hombre raro, hasta estrafalario». De forma parecida, en uno de sus cuentos, *El sueño de un hombre ridículo*, el bueno de Fiódor inicia el relato de la siguiente manera: «Soy un hombre ridículo. De hecho, ahora ellos me llaman loco. Podría considerarse un ascenso de categoría, si no fuera porque sigo siendo para ellos igual de ridículo que antes». Estas últimas palabras nos sirven, por otra parte, para acabar de definir al protagonista «tipo» de Dostoievski; a sus héroes (o antihéroes, insistimos). De esta manera, en casi todos sus escritos, el autor neutraliza, tan pronto como le es posible, la posible empatía que el lector pueda sentir por sus protagonistas. Como comenta uno de sus mayores traductores, Juan López-Morillas, Dostoievski atribuye a sus héroes todo tipo de taras morales. Es decir, sus personajes no son víctimas inocentes condenadas injustamente a un cruel destino, sino que —podría decirse— todo lo que les ocurre es merecido, dada su naturaleza.

Y, sin embargo, es imposible odiar completamente a muchos de estos seres monstruosos. Excluyendo a alguno de los Karamázov (para no levantar demasiadas ampollas), cierta simpatía o, al menos, compasión acaba afluyendo cuando las cosas se tuercen realmente para estos héroes. Por ejemplo, es imposible no sentir cierta lástima al imaginar al pobre Goliadkin (héroe de *El doble*, segunda novela de Dostoievski) escondido detrás de un biombo, acurrucado en las escaleras de la puerta de servicio, bajo el crudo frío de San Petersburgo, mientras en el interior de la mansión se celebra el aniversario (al cual no ha podido acceder; de hecho, ha sido expulsado) de la doncella que él ama, inalcanzable para él (y no solo por su condición social). «He aquí la situación, señoras y señores, en la que encontramos ahora al héroe de nuestra verídica historia. Había conseguido llegar hasta la escalera y el descansillo [...] ¿Y si ahora me arrancase y entrara? [...] ¡Ay, no eres más que una comparsa! —dijo el señor Goliadkin pellizcándose la aterida mejilla con los dedos ateridos— ¡Qué tonto eres, Goliadkin!». Goliadkin es un funcionario público de ínfima categoría, y un hombre —empleando unos pocos adjetivos para definirlo— ruin, feo, presuntuoso, clasista, avaricioso. Pero, asimismo, es un hombre enfermo, que habla consigo mismo, delirando. Sin mencionarlo de forma explícita, es evidente que este hombre sufre una patología de tipo esquizofrénico, y que son sus fantasías demenciales, en las cuales él se siente perseguido y acosado por presuntos enemigos, las que lo llevan a un comportamiento grotesco. Pero no nos desviemos (lo decimos por lo de las fantasías demenciales, por las que tanta debilidad tiene el Consejo Editorial). Ya enfermo (otros claros ejemplos: la paranoia de Raskólnikov en *Crimen y castigo* o la ludopatía de Alekséi Ivánovich en *El jugador*) o no, el héroe de Dostoievski encarna algunos de los aspectos más bajos de la condición humana, y, aquí es donde conecta de forma definitiva con el lector. Nadie se atreverá a reconocerlo en público (tampoco el Consejo, que además es Perfecto, por definición), pero es evidente que compartimos —en mayor o menor medida— algunos de los rasgos de estos héroes. ¿Quién no ha pensado alguna vez...? ¿Quién no ha deseado alguna vez...? No es necesario expresarlo en palabras, pero deben reconocer que alguna cosa «mala» han hecho o imaginado alguna vez, cuando las cosas no salen del todo bien. ¿Cómo no, entonces, empatizar, en algún momento, con un antihéroe? Permítanme, en este momento, dar un brusco golpe de timón y huir de estas aguas turbulentas, en las cuales puedo caer, irremediablemente, en la tentación de revelar mis más íntimas pulsiones. Quizás alguna vez consiga publicarlas, pero no aquí, en Placer, donde, aunque presentes en muchos relatos, no se muestran de forma explícita. En fin, el hecho es que, mientras escribía estas últimas líneas, no he podido evitar comparar (análisis comparado —argüiría un redactor más elitista) la rica, minuciosa y pormenorizada caracterización de sus héroes por el amigo Fiódor con la muy superficial descripción de algunos héroes actuales. No se asusten. No emitiré ahora un informe detallado —un análisis comparado— presentando una serie de datos y los correspondientes comentarios confrontando las diferencias observadas en cada ejemplo. Se trata de una reflexión generalista. Bueno, va un ejemplo solo. De hecho, el que me ha venido a la cabeza hace unos minutos. Me da un poco de vergüenza entremezclar aquí a nuestro elevado Fiódor con cosas más mundanas, pero el caso es que ayer por la noche fui al cine a ver (visionar —corregiría un cinéfilo más elitista) la última secuela de *Jurassic World*. No caben excusas, pero en defensa de esta discutible elección sostengo que tengo hijos y que, por otra parte, las películas de ciencia ficción (qué recuerdos, aún calientes, Philip) siempre me han gustado. En fin, que después de visionar la película, mi principal reacción fue lamentar la tan deficiente caracterización de los personajes (apunto aquí que me reservo una anécdota, de cuando con el señor Quiles tomábamos unas copas con el aún aprendiz de director, Bayona, al que no hacíamos demasiado caso). Los héroes no tenían ni una arista, ninguna tara, mientras que los malos eran excesivamente malvados, insoportablemente tarados. No es posible así acceder a un segundo nivel (como comentaría un crítico pretencioso) durante esta historia, al margen del despliegue técnico y la acción fulgurante. ¿Quizás este segundo nivel sea el que alcanzan algunas de las películas de superhéroes del momento? No soy ningún experto, pero, claro, con los niños he visto ya más de una de este tipo de películas y, cada vez más, percibo esta voluntad de marcar «negativamente» al héroe y «positivamente» al villano. Para hacer lo que hacen, todos tienen sus razones, algunas de ellas muy sospechosas de no ser acertadas, por lo que todos se parecen a nosotros (no a Nosotros) y podemos, por tanto, sentirnos identificados. ¿Lo mismo que con los héroes de Dostoievski? Bien, vamos a acabar ya. No solo el espacio disponible sino su salud mental está en juego: hay algún estudio, ya —por supuesto, no busquen en *Nature* o *Science*, ni en ninguna revista con un factor de impacto mayor de 0,1—, que correlaciona la lectura de estos artículos de Placer con crisis epilépticas. Y ahora se me ocurre: ¿podría ser este un método análogo al del Quijote de Pierre Menard, relatado por Borges, para convertirse en el bueno de Fiódor y escribir algo digno de ser releído, por fin? Quién sabe. Como decía antes, con cierta esperanza infantil, quizás lo descubramos en el futuro. Pero acabemos ya, de una vez por todas (¡Por favor! —me parece escuchar a través del tiempo). En definitiva, todos somos héroes, con nuestras virtudes y nuestras faltas, y reconocerlas (al menos en nuestra conciencia) es la única forma de «viajar hondo y conocernos a nosotros mismos».

EL PLACER DEL SUFRIMIENTO

Memorias del subsuelo es una obra de ficción, pero si se indaga en la vida del autor, resulta inevitable preguntarse cuánto en ella es autobiográfico. Cometiendo una enorme imprudencia y basándome en fuentes que dicen saber mucho sobre el autor, me atrevería a decir que es una biografía oculta en un *alter ego*, una valiente confesión, o disertación más bien, sobre ciertos aspectos de su personalidad.

Dostoievski naufraga entre el bien y el mal, se adentra en los aspectos del sufrimiento, tema que lo atormentaba. Busca causas y consecuencias y retuerce sus argumentos de manera que lo que antes era causa pasa a ser consecuencia. Esta sería la síntesis. Quizá estemos ante un sadomasoquista social, alguien que viaja entre la razón y el instinto (destructivo). Sus conclusiones más desazonadoras son que lo que nos hace sentirnos vivos de manera positiva es el mal. La razón viene a ser aquello que analiza y corrige la deriva destructiva natural inherente a nuestra condición de seres con conciencia, conciencia que repudia. El personaje de la obra, a quien me referiré como «nuestro personaje», es alguien que se siente bien sintiéndose mal y es capaz de diseccionar y enfrentar este sentimiento, lo establecido, la moral, la razón. Es un relato valiente en ese sentido, pues justifica la destrucción personal e incluso colectiva como fin, o al menos, si no se atreve a tanto, decide bucear por las inmundicias de la conciencia y el deseo. ¡Nunca nadie ha llegado a conocerse tanto!

Quien suscribe estas líneas ha llegado a empatizar con él en algunos aspectos y esto es aterrador, pero yo no soy Dostoievski y no sé si quiero escribir mis memorias desde mi subsuelo.

Nuestro personaje se define a sí mismo como un enfermo, alguien que no se cuida, y destaca este hecho como un síntoma de maldad. Pudiera ser un autocastigo, una especie de autoflagelación con fines punitivos. Nuestro personaje trabajó de funcionario. Se considera a sí mismo listo: «Y ahora termino mi existencia en mi rincón, donde trato lamentablemente de consolarme (aunque sin éxito) diciéndome que un hombre inteligente no consigue nunca llegar a ser nada y que solo el imbécil triunfa». Está claro para él que el mundo es para el vil, el mal triunfa. Considera horrendo vivir más de 40 años; él tiene ya 43, una bonita edad para darse cuenta de que «todo apesta», dicho corto y zafio. Al heredar 6000 rublos dimite de su puesto y se «entierra en su rincón». Pese a las estrecheces económicas, vive con una criada malvada por falta de inteligencia. Aquí establece de nuevo una relación causa-consecuencia entre el mal y la estupidez. Se considera así mismo honrado; de lo poco positivo que logra decir de él mismo.

El menosprecio por su propia persona llega a tal punto que declara que muchas veces ha intentado convertirse en un insecto, pero nunca se ha juzgado digno de ello. Gregor Samsa sí lo fue y no acabó muy bien, lo que demuestra que siempre hay motivos para ser positivo, supongo. Otro ejemplo de desprecio personal lo encontramos en esta frase: «¿Puede sentir verdaderamente algún respeto por sí mismo el que se ha dedicado a descubrir cierta voluptuosidad en el convencimiento de su propia humillación?». Y después de esta afirmación se lanza, ya sin tantas vueltas, a confesar de manera abierta que siente placer en su humillación. Así, en crudo y sin rodeos.

La segunda relación causa-efecto que establece es inteligencia-sufrimiento, un clásico: «Una conciencia demasiado clarividente es una enfermedad» o «La conciencia, toda conciencia es una enfermedad».

Afirma vivir en el subsuelo, ese lugar desde donde escribe sus memorias, cual ratón que ansía venganza contra el mundo, pero esta venganza le produce más dolor a él mismo que a aquellos contra quienes la lanza, y al mismo tiempo esto le provoca placer. ¿No es esto maravilloso? ¡Pues la cosa no se queda aquí!, ya que su sufrimiento provoca sufrimiento a los demás (seres queridos, si alguien se atreve a ello) y esto le provoca cierto placer. Estamos, queridos lectores, ante la retroalimentación del sufrimiento. Curioseando datos he leído en una fuente tan fiable como la Wikipedia que el marqués de Sade fue una influencia para Dostoievski, ¿quién se lo podría haber imaginado?

Si nuestro personaje desprecia la falta de inteligencia, no menos desprecio siente hacia la ociosidad: «Uno, en el fondo, no cree en su sufrimiento, casi se ríe, pero, a pesar de todo, sufre, y muy de veras. Está celoso, está fuera de sí... Y la causa de todo esto, señores, es el aburrimiento: la inercia nos aplasta». De este desprecio no se escapa el rico, del que sabemos que además de dinero lo que le sobra es ociosidad. Sirva para ilustrar esta teoría la anécdota que cuenta sobre Cleopatra, quien por aburrimiento torturaba esclavas pinchándoles alfileres. Al parecer todo estaba inventado desde hacía años en cuanto a pasatiempos macabros. Esta idea del desprecio por la ociosidad enlaza con otra en la cual afirma que el hombre «normal», mediocre, se queda cruzado de brazos.

Reconoce vengarse por maldad, no porque crea que es una acción de justicia; pese a todo no logra culminarla con éxito porque no es lo suficientemente malvado. Traducción libre de esto último: soy una persona horrible tan miserable que no logra ser lo suficientemente horrible como para lograr el fin y esto me hace más horrible aún. Horriblemente maravilloso.

Diserta largo y tendido sobre el interés particular enfrentándolo al interés general: el propio se puede anteponer al general (nada nuevo), pero este interés puede ser autodestructivo, por lo que deja de ser un interés (o no, como defiende vehementemente). ¿No es genial la manera en la que nos retuerce el cerebro el bueno de Dostoievski?

Pisa terreno peligroso al afirmar lo siguiente: «... Esta causa es que el hombre, quienquiera que sea, aspira siempre y en todas partes a obrar de acuerdo con su voluntad y no con arreglo a las prescripciones de la razón y del interés». Es decir, el mal es inherente a la voluntad (condición) humana. Traducción libre: la culpa es de la sociedad porque somos «mu» malos. Y no acaba aquí: «El hombre solo aspira a tener una voluntad independiente, cualesquiera que sean el precio y los resultados. Pero el diablo sabe lo que cuesta esta voluntad...», lo que me lleva a pensar que los anarquistas (los puros, los de corazón, los que se sienten libres más allá de las modernas etiquetas) encontrarán esta idea atroz, pues demoniza de manera clara la acción individual supeditándola a la razón (es decir, a un control que bien podría ser el moderno estado, la monarquía, el señor feudal de turno o el mismísimo Kim Jong-un), porque es necesario. Si no había quedado claro que para nuestro personaje el ser humano no es un saco de virtudes, nos ayudan afirmaciones como que el ser humano es un ser bípedo e ingrato, además de caprichoso que tiende a la destrucción y el caos.

Carga contra la ciencia que disecciona la mente humana, cree que si se llegara a entender todo, es decir, cómo funciona la mente, se mataría el deseo y la vida no tendría gracia al ser predecible. De esta manera parece justificar la maldad (todo eso que se sale de lo predecible). ¿Acaso Dostoievski viajó en el tiempo y leyó alguna distopía de Philip K. Dick en la que se controlaban mentes? Según la clasificación de nuestro personaje, la cosa queda así: deseo → irracional → facultad vital → puede ir contra el interés particular; razón → aburrido, predecible → a favor del interés particular. Los hombres de la razón acaban traicionando sus ideas, dice, y la historia no es razonable, lo que dicho de otra forma significa que con la razón

→

PLACER

no se avanza. Apuntala su idea de defenestrar a la razón afirmando que «la mayor preocupación del hombre ha sido siempre demostrarse a sí mismo que es un hombre y no un engranaje»; para quien no lo haya ligado: engranaje=razón, así que, amigos lectores razonables, acaban de perder su condición de hombres (en el sentido de categoría moral). Pero ojo, no perdamos la perspectiva: nuestro personaje es malvado y pretende justificar el lado oscuro, el del deseo, así que mejor no dejarnos tentar por elegir el más adecuado.

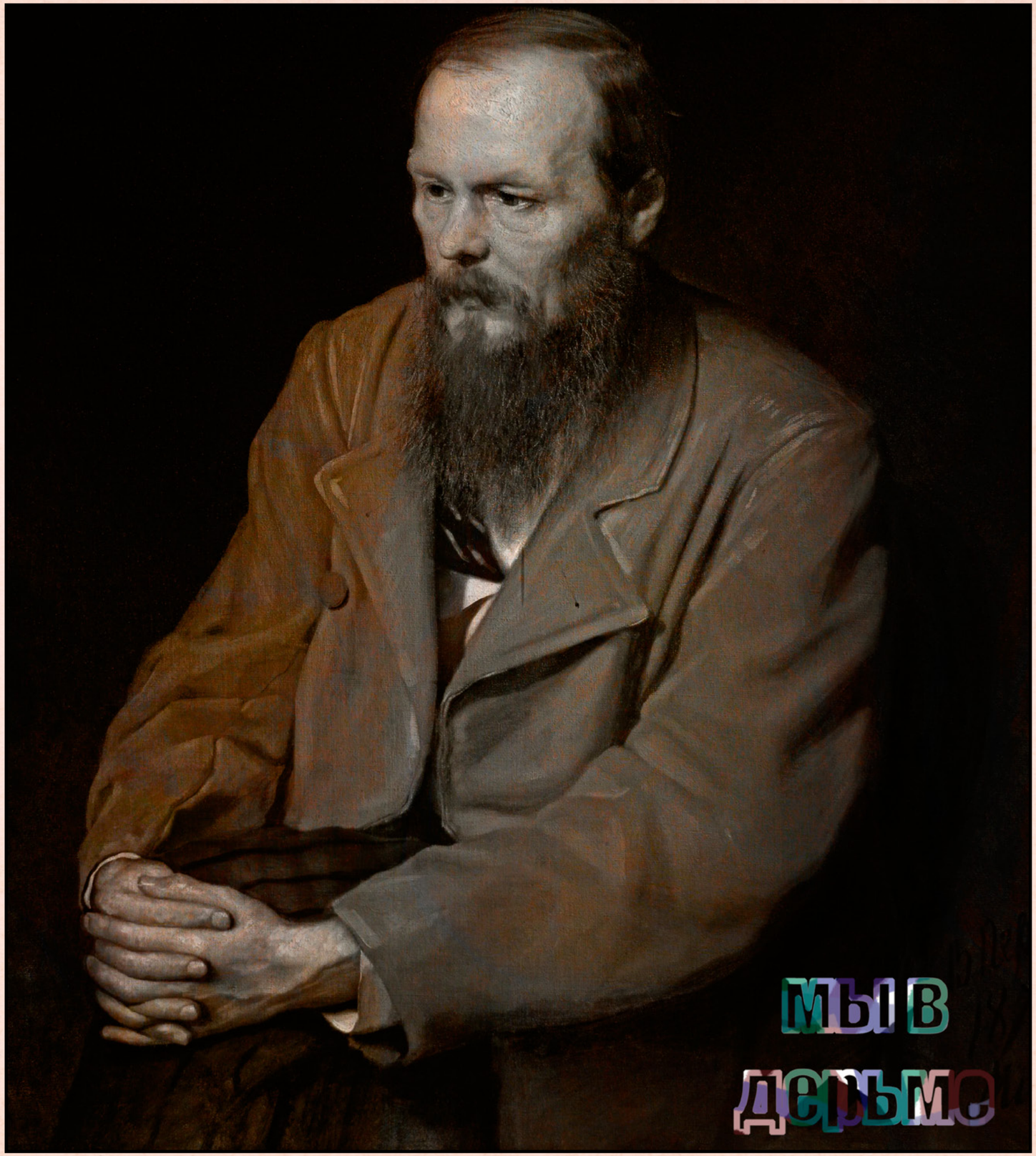
Para nuestro personaje el camino es importante (no habla de *carpe diem* precisamente) cuando piensa sobre los objetivos del ser humano. Afirma que a veces puede haber miedo a culminarlos, y es por eso que se tiende al caos, para no llegar nunca.

Justifica desear el sufrimiento en vez del bienestar. ¡Sobre mi cuerpo decido yo, así que si me mato a copazos es mi problema!, vendría a ser la adaptación contemporánea. Pero ojo, no defiende necesariamente el sufrimiento, defiende su capricho, ¡esto sí que es un liberal y no los Chicago Boys!

También hay algo de autocrítica en su confesión: se reprocha mentir, enfrenta su discurso de oda al subsuelo, que reconoce cínico y falso, a la envidia que siente hacia el hombre normal. Y es que al final todo va a resultar una farsa. En el fondo, quien sufre y logra entender las causas pero no consigue pasarse al otro lado es un pobre desgraciado. Que levante la mano quien se sienta desgraciado por eso. Veo pocas manos. Los que la habéis levantado ya compartís algo conmigo y con Dostoievski. Ahora os sentís un poco más desgraciados, lo siento.

Todo lo anteriormente expuesto está desarrollado, en mayor medida, en la primera parte de la obra, que lleva como título el mismo que la obra: *Memorias del subsuelo*. A continuación, nuestro personaje desarrolla un relato titulado *A propósito de nieve derretida* donde narra vivencias concretas en las que se ponen de manifiesto las reflexiones de la primera parte. No voy a desvelar en detalle lo que acaece en estas narraciones, ya con personajes y diálogos. Simplemente voy a anunciar que reflexiona sobre los conceptos de honor y humillación a través de un episodio que creyó tener con un oficial. También se ve su capacidad para dinamitar amistades y ser el bufón de algunas de ellas, mostrando en todo momento un comportamiento bipolar basado en los arrebatos de dignidad y de arrepentimiento. Descubriremos a Lisa, una joven prostituta de alma pura que se corrompe antes de tiempo por la horrible visión de nuestro personaje acerca de la realidad; la trata con condescendencia por momentos y con crueldad en otros. Y por último el gran Apolonio, criado que vive con él y que se siente moralmente superior a su amo; así lo percibe nuestro personaje, pero su sentido del honor confronta esta sensación, él se siente por encima. Aun así, Apolonio lo tiene dominado y sabe cómo hacerlo sufrir. El único recurso de nuestro personaje es no pagarle. Apolonio sería la metáfora del moderno (o quizá no sea tan moderno) ser cínico y odioso que se adapta a todo y a todos sin renunciar a una actitud maquiavélica que no se afana en esconder.

Queridos lectores, si después de este análisis personal sin pretensiones sobre *Memorias del subsuelo* todavía les quedan ganas de adentrarse en lo más oscuro del alma de nuestro personaje, y quizá de Dostoievski, les advierto de que les puede pasar como a mí y encontrar algo de ustedes en esta historia. Avisados quedan.



PLACER

Los personajes de Dostoievski tienen ciertas características que podemos distinguir claramente la mayoría de sus lectores. La primera gira en torno a la certeza de sus carácteres y sus destinos, y al vértigo que producen. Una segunda radica en la complejidad de asimilar los espléndidos y barrocos nombres rusos en el transcurso de sus novelas. Valga esta doble página, donde se reúnen los principales personajes de dos de sus más reconocidas novelas, para regocijarnos en nuestra propia incompetencia. Los diferentes nombres con los que son tratados los personajes son en su mayoría diminutivos del mismo nombre, con la maravillosa circunstancia de que, en muchos casos, no tienen nada que ver con el nombre completo. No los podemos recordar, pero los podemos percibir y dar rienda suelta a nuestra intuición. Nunca lo considero una dificultad sino más bien un divertimento más del bueno de Fiódor.

CRIMEN Y CASTIGO

RODIÓN ROMÁNOVICH RASKÓLNIKOV
RODIA O RODKA
SONIA SEMIÓNOVNA MARMELÁDOVA
SOFIA O SÓNECHKA
AVDOTIA ROMÁNOVNA RASKÓLNIKOV
DUNIA
DMITRI PROKÓFICH RAZUMIJIN
GRÚSHENKA, GRUSHA O GRUSHKA

HERMANOS KARAMÁZOV

IVÁN FIÓDOROVICH KARAMÁZOV
VANJA, VANKA O VÁNECHKA
DMITRI FIÓDOROVICH KARAMÁZOV
MITKA, MITYA, MITENKA O MITRI FIÓDOROVICH
ALEKSÉI FIÓDOROVICH KARAMÁZOV
ALYOSHA, ALYOSHKA, ALYOSHENKA, ALYOSHECHKA, ALXEICHICK, LYOSHA O LYOSHENKA
AGRAFENA ALEKSÁNDROVNA SVETLOVA
GRÚSHENKA, GRUSHA O GRUSHKA
KATERINA OSPOVNA KHOKHLAKOV
KATIA, KATKA O KÁTENKA

La diferencia entre los distintos nombres remarca las características amorfas y fantasmales de las estelas que van dejando los protagonistas a lo largo de las páginas. Certeza en sus carácteres y en sus destinos, sí, pero también fluctuaciones y laberintos que se pliegan sobre sí mismos y que nos ofrecen más un sabor de boca, ligero pero inevitable, que unos rasgos depurados donde encajen fácilmente todos los personajes que desfilan en sus páginas. Se habrán fijado, a menos que hayan comprado y estén usando el audiolibro de Placer, en los rostros que acompañan los dos bloques de personajes. Son dibujos que hizo Dostoievski en el anverso de las hojas de sus cuadernos mientras escribía *El idiota* y *Crimen y castigo*. Me sabe bien dejar constancia de ellos aquí, en este atrofiado pero sincero homenaje a las variaciones inescrutables de las cuales somos alegres víctimas.

APUNTES DEL SÓTANO

Soy un boxeador de cierto nivel y tengo que aguantar diariamente que me vacilen retardados con barriga que no pisan nunca el gimnasio, o que me vacilen gilipollas que van todos los días al gimnasio pero que no saben boxear. Lo único bueno que ha sucedido en los últimos cincuenta años son dos cosas: a) Eskorbuto; b) que el Jack Daniels con Coca-Cola devenga cóctel y que se lo denomine Lemmy. La ley protege a los que no entrenan boxeo; primero empezó con el uso de las armas de piedra, después con las de acero y últimamente con las de pólvora. Vacílame gordo, vacílame gorda, vacílame que me la suda estar encarcelado. Con la práctica se adquiere una rapidez que nada tiene que ver con las ilusiones de los hombres que ven películas de acción en el centro comercial. Quisiera ver tu superioridad intelectual cuando mi gancho de izquierda te deje en coma. Tu esposa me denunciará pero da igual, tu carrera no sirve de nada cuando sentiste la mandíbula rota. Meses bebiendo con pajita, listo de mierda. Él es Eskorbutin. Tú salías de fiesta a bares; nosotros, en las escaleras del Carmelo, esperábamos entrenando para pegarte. Inténtalo, ven a mí, te espero, a tres o cuatro con cargo: vengan a mí las ETT, las espero; tres días a la semana entreno para noquearte. Quiero dejarte inútil; mi entrenamiento se reduce a esto, a joder tu falsa superioridad, y si te metes con un jipi o un yonqui iré y seremos tú y yo solos.

Era pobre, no tenía más de cinco euros, pero pagué un billete de metro para acompañarla. Tenía ojos verdes y no más de veinte años. Hacía quince días que no entrenaba. Salir a combatir con Tyson sin entrenar es como mirar un eclipse a 500 metros para apreciar la belleza y morir al final. Cuando no entrenas y vuelves te pegan, pero si admiras el boxeo da igual quién lo hace bien, tú o tu oponente. Tenía los ojos verdes y era tan inteligente que intenté disimular mi edad con un porte erguido, mi alcoholismo con Halls y mi indigencia con referencias a mi estupendo trabajo. Mi trabajo es partirle la mandíbula al empresario moroso. Mi trabajo es partirle la mandíbula al empresario. Mi trabajo es partirle la mandíbula al segurata que pega al pobre.

Soy ruso y de niño conocí al gran Gueorgui Konstantínovich Zhúkov: el único problema que lo atormentaba es la razón por la cual el Führer decidió atacar Stalingrado en vez de hacerse con Moscú. Pensaba que quizás la ideología distorsionó la lógica militar: el petróleo del Cáucaso era la esencia del lebensraum que como tierra prometida o paraíso perdido ejercía de imán para los Tiger y Panther de nuevo cuño. El uso de mitos y héroes de la tradición rusa posibilitó la victoria soviética al inflamar de orgullo a las tropas. Y todo hay que decirlo: Paulus fue una rata cobarde y traidora. Lo único bueno que ha sucedido en los últimos cien años son tres cosas: a) Eskorbuto; b) que el Jack Daniels con Coca-Cola devenga cóctel y que se lo denomine Lemmy; c) los lanzacohetes múltiples Katiusha.

Los pies de Marta refulgían como la luna iluminada por el sol en el Cácauso. Si del *muaythai* eliminamos los codos y las rodillas tenemos el *kickboxing*. Si del *kickboxing* eliminamos las patadas tenemos el boxeo. Si de la literatura eliminamos lo que no sirve en la calle nos quedamos con ACD y FMD. Los pies de Marta estaban cuidados. Le hacían la pedicura. Le ponían crema. Le ponían un collar. Te ponía un collar. Te sacaba a pasear. Marta era editora. Editaba cosas a cambio de que te metieras su pie entero en la boca. A ver cómo lo hacéis. A ver si os publica. Estudió en la Pompeu. Pompeu suena a Pompa. La Pompa de antes de un combate contra el campeón. El campeón del barrio. Un boxeador con barriga. Marta odia las barrigas. Con barriga no editas. Con barriga no te muestra el pie. Ni una tarjeta del metro puedes sacar. Pero con barriga puedes entrenar. Entrenar los brazos. Ser buen boxeador como Sherlock Holmes. ¿Cómo empieza y acaba *El signo de los cuatro*?

Primero fue *Costaleros* (Placer nº5, Mishima), a continuación apareció *Compañeras ocasionales* (Placer nº7, Virginia Woolf) e *Invocaciones* (Placer nº10, Philip K. Dick). Ahora llega:

IV

En el centro penitenciario Sevilla II pasa sus días Rafael Delano desde hace seis meses, de forma preventiva pero bajo régimen de aislamiento, dado que ha mostrado incapacidad total para vivir cerca de nadie. Acusado de asesinato por un lado e intento por otro, con el primero saltó a la fama bajo el nombre del «costalero asesino»; con el segundo, que no llegó a consumarse, consiguió el aislamiento definitivo a la espera de juicio.

Cuando llevaba dos semanas en el centro y en el comedor, una mañana, a la hora del desayuno pidió a un funcionario que le diera un segundo huevo duro, el trabajador comentó jocosamente a un compañero «Ahora resulta que el aguantapeanas maricón quiere dos huevos». Este comentario no resultó del agrado de Rafael que, agraviado y enojado, saltó por encima de la línea de alimentos, y antes de que nadie pudiera hacer nada, ya había introducido su pulgar y su índice diestros en el interior de las cuencas oculares del gracioso camarero, haciendo caer ambos ojos al suelo. Recibió cuatro porrazos en la espalda, pero nada más, puesto que en cuanto tuvo su objetivo cumplido, y se cercioró de que aquel hombre no vería nunca nada más, se mostró tranquilo e inofensivo y se dejó llevar escoltado a una celda de aislamiento con las manos atadas a la espalda, donde todo indica que pasará mucho tiempo.

El aislamiento no resulta incómodo para Rafael: ninguna obligación, tampoco placeres, en principio, aunque poco a poco va encontrando satisfacciones en algunos momentos del día. Los funcionarios no muestran ningún interés en acercarse al reo; saben que, por ejemplo deben llevarle la comida, y lo hacen a través de una compuerta por la que pasa el plato; así no necesitan ni verse la cara. Todos siguen la consigna de no dirigirle la palabra, aunque esto no parece inquietar a Rafael. Hace dos salidas al día a un patio interior, solitario y descubierto, en el que pasa veinte minutos por las mañanas y treinta por las tardes. Al patio sale por una puerta en la parte trasera de la celda; el pasillo siempre está oscuro y solo se ve gracias a la luz que viene de la puerta del patio, que ya está abierta cuando se abre la de la celda; nunca ve a nadie, sirena para salir y sirena para entrar. En cierta ocasión decide no entrar al toque de pito y la puerta se cierra igualmente: Nadie le dice nada; esa noche la pasa a la intemperie, dado que la puerta no se vuelve a abrir hasta la mañana siguiente. La sensación empieza a ser de estar solo en el planeta, a no ser porque alguien le acerca la comida, y alguien retira el orinal con sus excrementos cuando está en el exterior.

Hace una semana que el padre Ángel ha llegado a la prisión sevillana, destinado como sacerdote penitenciario, y marcado por los rumores de un no muy claro pasado. En todo caso se ha mostrado profesional desde el primer día, mostrando un inusual interés por los reclusos, cosa que no solía suceder con sus antecesores. Aparte de ofrecer sus eucaristías en la capilla, suele salir al patio con los reos, e incluso ha pedido permiso al director para comer con ellos, cuestión que no ha supuesto ningún inconveniente. Otro caso distinto ha sido el momento en que el padre ha solicitado el permiso para visitar a Rafael Delano: el aislamiento es por orden judicial y eso excede a las competencias del director de la cárcel. Dados los pertinentes pasos, no exentos de algún quebradero de cabeza, el padre consigue la entrevista.

—Buenos días, Rafael.

—Buenos días —contesta Rafael bastante desconcertado, girándose hacia una ventana con barrotes, donde descubre al otro lado el rostro de su interlocutor.

—Soy Ángel, el sacerdote de la prisión.

—¿Viene a confesarme?

—En absoluto, a no ser que sea su demanda. Hace poco que me he incorporado a este destino y estoy en proceso de conocer a todos los feligreses. Naturalmente me faltaba usted, y no crea que me ha sido fácil llegar hasta aquí.

—Hace bastante tiempo que no veo a nadie ni hablo con nadie. Tampoco lo esperaba, ahora mismo me resulta bastante extraño. Pero, ¿por qué me envían un cura? ¿Van a fusilarme? Esperaba más bien a un abogado.

—Nadie va a fusilarlo, pero puede que pase mucho tiempo en su reclusión actual, y sepa que nadie me envía, que vengo porque creo que debo estar aquí. Dígame, ¿cómo se encuentra?

—¿Usted qué cree? Si quiere saber si me duele algo, pues no, no me duele nada. Si quiere saber cómo se vive el aislamiento, digamos que agradezco su visita, empezaba a aburrirme, incluso empiezo a dudar de eso de que «mejor solo que mal acompañado». Una cosa, ¿viene solo hoy? Tenemos un tiempo limitado, supongo.

—Creo que será posible visitarlo una vez a la semana. Su abogado lo está peleando y finalmente lo conseguirá, pero no se lo están poniendo fácil. Es posible que pronto tenga una visita por semana, siempre a través de los barrotes, y que ni mis charlas, ni las que pueda tener con su abogado cuenten. Le aseguro que hay bastantes personas allí fuera que gustarían de venir a conocerlo.

—¿A mí? Permítame que no me lo crea, pero gracias por animarme.

—No es mi intención animarlo, aunque espero que le agrade vernos. Mi obligación es reconfortarlo con el Señor, si esto es posible. Y no dude que hay bastantes periodistas que, debido a la fama de su caso, han mostrado interés en venir a verlo. Incluso uno de los relatistas de la revista Placer ha mostrado un gran interés. ¿Quiere que hablemos de los sucesos que lo han traído hasta aquí?

Rafael queda pensativo, en silencio, se levanta de la silla y mira hacia otro lado, vuelve de nuevo la cara a su interlocutor y le pregunta:

—¿Y el Betis, cómo sigue?

—¡Bien! Joaquín está en una segunda juventud, y lleva al equipo en volandas.

—¡Hijo de puta! Oiga, soy sevillista, a ese tipo no me lo nombre, sinceramente pensaba que me iba a decir que estaba a punto de descender.

—Disculpe, la verdad es que me permiten venir aquí para charlar más de lo divino que de lo humano, así que dejemos temas de actualidad, es posible que nos vigilen. Creo que por hoy está bien, me marcharé, pero volveré a verlo pronto, le he traído un libro, una Biblia, espero que lo entretenga.

—Gracias, la leeré en voz alta, como debe ser, por si alguien me escucha.

—Buenos días.

—Buenos días.

La vida de Rafael Delano sigue de forma monótona; solo gracias a sus salidas al patio obtiene la sensación del paso del tiempo, el plato de alimentos que le acercan tanto en la comida como en la cena es siempre igual, coles y pechuga de pollo hervidas con una naranja, leche fría por la mañana y un pequeño paquete de galletas precintadas. Empieza a pensar que existe un complot de los funcionarios hacia él. No

→

PLACER

puede quejarse a nadie, no ve nunca a nadie. Tiene la esperanza de que vuelva el padre Ángel; tal vez a él pueda sugerirle que le cambien el menú. Por otro lado, en su cabeza no para de dar vueltas otro pensamiento: «¿Quién coño será el puto juez que tanto dificulta las visitas?». Lee la Biblia en voz alta siempre que tiene la sensación que alguien lo está mirando o escuchando, casi siempre después del paseo de las tardes. Empieza a tener la percepción de que está engordando, aunque se alimenta mal, por la falta de movimiento, y decide someterse a ejercicios diarios de gimnasia.

Amalia Escámez es una joven que se encuentra en Sevilla por desplazamiento temporal en su trabajo. Ha solicitado visitar a Rafael sin ningún interés ni periodístico ni de parentesco aparente y no parece, a ojos del juez, que tenga ninguna relación con el reo; lo único que parece motivarla es el hecho de visitar a un personaje macabro que ha saltado a la fama. El magistrado, que ya hubo de acceder a las visitas del sacerdote por imperativo legal, decide dar el permiso para que vaya Amalia y evitar, al menos por un poco más de tiempo, que puedan visitarlo periodistas o abogados, consiguiendo así que el aislamiento no parezca tal y aparentar que se cuidan los derechos fundamentales del preso.

—Buenas, Rafael.

—Buenas.

—¿Cómo estás?

—¿Quién es? ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Me llamo Amalia, hice una solicitud para visitarte... y aquí estoy.

—¿Por qué vienes? ¿Eres periodista?

—Supongo que esto te descoloca un poco, pero no, no soy periodista ni nada parecido, soy una persona completamente anónima, que desde hace tiempo sentí interés por conocerte, y bueno... lo he conseguido, espero que te alegre, creo que hace tiempo que no ves a nadie, o eso me han dicho.

—Hace poco vino a verme el sacerdote de la prisión.

—Bueno, tal vez creas que algo ha mejorado, o tal vez no...

—Da igual, dime por qué estás aquí.

—Lo primero, para decirte que tienes un aspecto bastante lamentable, deberías asearte un poco más, no sé cómo esperaba encontrarme a un preso asesino, pero estoy segura que no con la pinta que tienes, no causas miedo ni ternura... en todo caso, un poco de asco, lo siento.

—La verdad que no esperaba visita, como puedes imaginar no me avisan. Y debes tener una cosa clara, yo no soy ningún asesino. Oye, ¿qué edad tienes?

—Veintitrés. ¿Cómo que no eres un asesino? ¿Qué le pasó a Antonio entonces? ¿Y al trabajador de la cárcel? Lo has dejado ciego, tío.

—El imbécil ese me insultó, había algunos tipos aquí dentro que vamos a decir que me miraban mal. Me vino bien la acción para marcar terreno, recibí algunas amenazas bastante feas.

—Pues no veo que tu situación haya mejorado mucho.

—Esto no será para siempre. Y lo de Antonio es otro tema. Acabé con él porque debía hacerlo. Dime nena, ¿saben tus padres que estás aquí?

—Eso da igual, no, no lo saben. ¿Por qué debías matar a Antonio?

—Antonio era una mala persona, engañaba a su mujer, a su familia, engañaba a todo el mundo.

—¡Y tú! También eres casado.

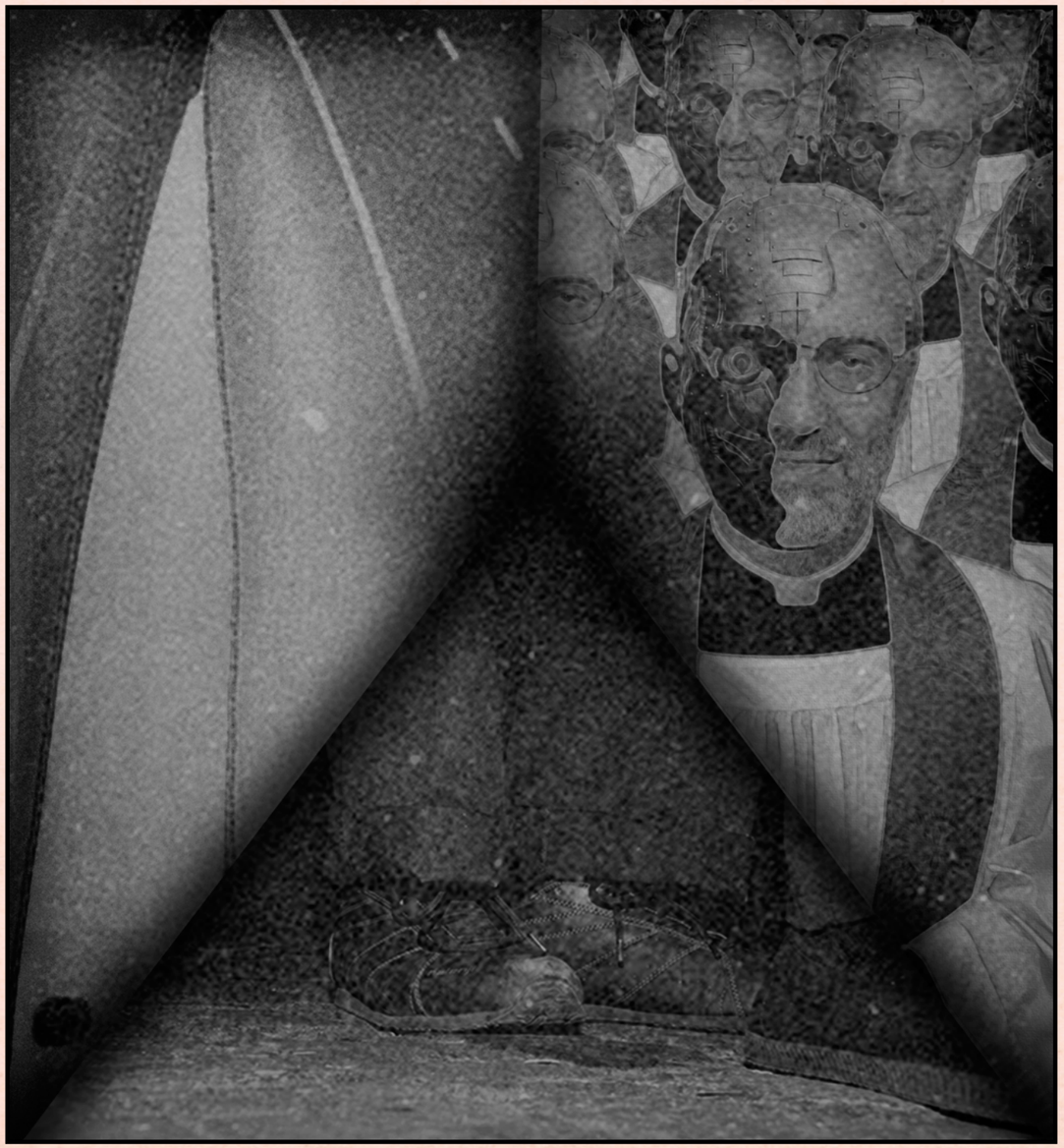
—¿Yo? Mi matrimonio no era tal, nunca lo fue, la unión con mi «esposa» fue un asunto de conveniencia hace muchos años ya. Ella era una joven con posibilidades, soltera, con la que yo tenía una cercana amistad. Tenía un rollo con un tipo casado que la dejó preñada, es de una familia ultracatólica que jamás hubiera consentido un aborto, y yo que tenía la oportunidad de darle una alegría a mis padres, pues eso,

nos casamos e hice «abuelos» a mis progenitores; encima, de repente, tenía aparentemente más pasta de la que jamás hubiera imaginado. Aunque nunca dejé mi trabajo, pero vivía bien, muy bien, y a mi rollo. Por supuesto nunca tuve contacto íntimo con ella, y ningún interés por ninguna de las dos partes.

—¡Joder tío! ¿Y los demás hijos?

—Siguió follando con el hijo puta siempre, estaba enamorada, muy enamorada, ella decía que vivía una vida feliz, pero en realidad sufrió mucho... mucho. Entiendes ahora, yo no he engañado nunca a nadie, bueno tal vez a mis padres, pero murieron felices. Antonio era... era otra cosa, un gran hijo de perra, se acostaba conmigo desde hace muchos años, eso nadie lo sabe, te diré que desde antes de conocer a su mujer, y no solo conmigo, tenía más amantes, eso lo supe hace menos tiempo.

Rafael se ha vaciado en cierta manera; Amalia queda resignada ante tanta sinceridad como desprende aquel hombre, pero no puede dejar de notar un picor que esta vez no denota nada preocupante.



LA SUERTE DEL PRINCIPIANTE

Cuando tenía diez años, me sacudió con furia mi primera y más importante lección sobre el mundo del juego y las apuestas. Una lección que me ha acompañado toda la vida y que nunca olvidaré. Mientras me sumerjo en las desventuras de Alekséi Ivánovich, protagonista de *El jugador*, emergen los recuerdos de aquella época.

En un pueblo cuyo nombre no tiene la menor importancia, donde el juego del siete y medio estaba tan presente como la ruleta en la ciudad ficticia de Ruletenburg, los mayores se lanzaban a las mesas de juego en prolongadas veladas en las que, en cada partida, proliferaban los billetes verdes sobre el tapete. Quien haya jugado alguna vez al siete y medio es conocedor de la brevedad de cada mano y de la cantidad de dinero que se puede llegar a perder con dicho ritmo de apuestas en una tarde. Como en la novela, los jugadores ganaban o perdían grandes sumas sin la mínima emoción, con bastante sangre fría. Dice Alekséi: «Un verdadero caballero no debe mostrar ninguna emoción, aunque pierda toda su fortuna». Allí no había caballeros ni grandes fortunas, pero sí os puedo asegurar que la gente se jugaba todo lo que tenía; esos eran los niveles de adicción al juego en aquel lugar y aquella época.

Los pequeños lo observábamos con admiración e incluso, con nuestros limitados recursos, lo imitábamos. No sé desgranar con precisión si, aparte de la propia imitación y el no sentirse desplazado del grupo, hubo otras motivaciones que me condujeran a lo que sería una iniciación bastante desgraciada en el mundo del juego y las apuestas. Os puedo asegurar que no quería impresionar a ninguna chica, o sea que no fue el amor como en el caso de Alekséi, ni el banal enriquecimiento sin esfuerzo, motivación que el personaje atribuye de forma generalizada a la sociedad rusa de la época. El caso es que, después de unas rutilantes manos victoriosas en las que ya estaba convencido de mi dominio sobre el tapete (sí, sí, los más jóvenes también jugábamos con tapete), idéntica experiencia ilusoria por la que pasa Alekséi, acabé perdiendo todas y cada una de las monedas que atesoraba en mi cartera. Para mí, aquella cantidad, aunque ridícula vista a la distancia, era todo lo que tenía. No recuerdo experimentar ninguna sensación parecida al «desafío y provocación al destino» propios de la profundidad psicológica tanto de nuestro protagonista como del propio Dostoievski. En mi caso simplemente la desolación fue adueñándose de mí a medida que iba perdiendo moneda tras moneda, y ya fue completa cuando no me quedó absolutamente nada. Y, por qué no reconocerlo, recuerdo incluso el moqueo que acompañó unas cuantas lágrimas derramadas con vergüenza, en soledad y silencio.

Durante un tiempo creí que había sido víctima de «la suerte del principiante», ese «maleficio» de carácter universal que planea sobre todas las mesas de apuestas con independencia de lugar y época, y que provoca agitaciones en la mente hasta conducirla a una zona tenebrosa en la que ejerce su dominio «la osadía del ignorante». Años más tarde, y una vez encaminado con determinación por el sendero de la racionalidad, fui descubriendo algunos de los fundamentos que generan las percepciones erróneas en el juego y la adicción consecuente: el mundo de las llamadas estrategias cognitivas. Estas estrategias se basan en métodos heurísticos y sesgos cognitivos y nos ayudan a seleccionar la información del entorno que facilita nuestra toma de decisiones. En bastantes ocasiones no hay racionalidad e incluso nos conducen a error. Permitidme que os haga alguna prueba para ver cómo andan vuestros sesgos. Imaginad que lleváis varias partidas observando la ruleta y en cada tirada sale siempre el negro. Finalmente decidís apostar. ¿A qué color? Si estáis convencidos de que el rojo es la opción ganadora, os estáis dejando llevar por lo que se denomina la falacia del jugador. La mayoría de la gente piensa que, en el juego, después de una serie larga de negros, el rojo es el que debe salir a continuación. Como si el azar fuera un autocorrector y se encargara de reestablecer el equilibro. Si habéis acertado, ¡no os vengáis arriba tan pronto! Aquí va otra prueba. Imaginad que el tesorero de La Mordida os ha encargado que compréis el número de la lotería de Navidad. En la administración de lotería ya solo quedan dos números: el 53237 y el 1. ¿Cuál elegiréis si queréis evitar el escarnio público en la siguiente asamblea e incluso la posible expulsión del grupo de WhatsApp con nocturnidad y alevosía? (esto último, con mucho humor y cariño para nuestro tesorero). A nadie se le escapa que las probabilidades son exactamente las mismas. Uno de mis sesgos preferidos es el de «perder por poco» (el jugador considera que ha estado cerca de ganar por la supuesta proximidad del resultado a su opción, ya sea al final del juego o en algún momento intermedio del mismo. Ello obviamente le dará «alas» para seguir jugando). Y, para constatar este sesgo, aquí va una pregunta: ¿quién no ha tenido alguna vez un catorce en la quiniela en algún momento del fin de semana y, aunque luego haya acabado con un mísero cinco, se ha sentido alentado a seguir jugando semana tras semana convencido de que había estado muy cerca? (No negaré que la pregunta se aplica mucho más a cuando se jugaban todos los partidos a la vez y los seguíamos en *Carrusel deportivo*).

En el caso de los adictos al juego, el efecto de estas estrategias mentales es tal que provocan una percepción de control sobre el juego; es decir que estas personas llegan a imaginar que pueden superar al azar. El propio Dostoievski escribía en una carta a su cuñada en 1863: «En Wiesbaden me puse a observar los jugadores [...] todos perdían todo su dinero porque no sabían jugar [...] por favor, no crea que yo me vanaglorio diciendo que conozco el secreto de cómo ganar. El secreto en sí, por descontado que lo sé: es bastante simple y consiste en contenerse en cada instante, sin tener en cuenta la fase del juego y sin acalorarse. Eso es todo». Los jugadores se dejan llevar por esta ilusión de control y evalúan los hechos de manera sesgada: cuando aciertan creen que es porque son muy habilidosos en el juego, pero cuando pierden culpan a la mala suerte.

Estas y otras reflexiones sobre la probabilidad, el azar y los sesgos cognitivos ocuparon algunas de mis tardes en el pasado milenio, cuando el universo del juego «potencialmente adictivo y tóxico» se reducía básicamente a la ruleta, las máquinas tragaperras, distintas modalidades de cartas, el bingo, la quiniela y la lotería de Navidad. Con la irrupción de internet y las plataformas de juego *online*, las cosas han cambiado... y mucho. El pasado mes de mayo mi estupor era máximo cuando presenciaba cómo se forraban las casas de apuestas *online*. Y no fue precisamente con la final de la Champions. Las siguientes apuestas os revelarán el evento en cuestión: ¿quién acompañará a Meghan Markle al altar? (la opción más obvia era su madre, que se pagaba casi seis veces menos que la del príncipe Carlos, como finalmente sucedió); ¿a qué hora llegará la novia a la capilla? (el protocolo dictaba que debía hacerlo un minuto antes del mediodía, sin embargo, esa era la opción menos probable para las casas de apuestas, que la pagaban a 7 euros por euro apostado); y, sin lugar a dudas, mi favorita: ¿quién cogerá el ramo? (según las casas de apuestas, habría una batalla encarnizada por hacerse con el ramo de la novia. La favorita para atraparlo era Millie Mackintosh [2.87 a 1], una actriz de perfil bajo, pero íntima amiga de la novia, seguida de la diseñadora Misha Nonoo [4.33 a 1], de quien se rumoreaba que intercedió para favorecer el flechazo entre el príncipe y la actriz. En la lista de candidatos y candidatas había nombres tan dispares como Victoria Beckham [21 a 1], Melania Trump [61 a 1], Elton John [también 61 a 1] o la mismísima Theresa May [501 a 1] ¡Dios! ¿Os imagináis apostar a favor de Theresa May y ganar? ¡Menudo subidón!).

Amigos lectores, no me cabe la menor duda de que nuestro admirado autor se hubiese entregado fre-

→

PLACER

néticamente a este tipo de apuestas, bastante más adictivas que las de los juegos tradicionales. Me lo imagino presenciando en directo la parábola del ramo de Mrs. Markle con una emoción febril, muy superior a la que sentía viendo rodar la ruleta antes de que el azar dictase sentencia. Incluso me atrevería a afirmar que Dostoievski, gracias a ello, hubiese sido más prolífico en su producción literaria. De todos es conocido el círculo «virtuoso» que espoleó a nuestro autor en algunas etapas de su vida: apuestas, deudas, producción, saldar deudas... y vuelta a empezar. En cualquier caso, y por la universalidad de este perverso círculo, del cual han sido víctimas grandes artistas y escritores, yo diría que eso es harina de otro costal.

En mi búsqueda de sesgos y respuestas sobre el mundo de las apuestas, ya hace tiempo que abandoné el sendero de la racionalidad. Qué queréis que os diga, la gente está muy chalada. Y al que no esté conforme con esta simpleza, solo puedo remitirlo a la mundanal sabiduría de Eddie Felson (gran Paul Newman en *El color del dinero*), que ya nos advirtió: «Un dólar ganado en el juego es el doble de dulce que un dólar ganado en tu sueldo».

Nota: *El jugador* es una novela de Fiódor Dostoievski escrita en 1866 y publicada en 1867 sobre un joven tutor empleado por un antiguo general ruso. La novela refleja la propia adicción de Dostoievski al juego de la ruleta durante su estancia en Wiesbaden, presentada como la ciudad ficticia de Ruletenburg en la novela, y su pasional estadía en Europa con Apollinaria (Polina) Prokófievna Súslova, de quien se enamoró perdidamente.

THE KARAMÁZOV BROTHERS

¿Cómo empezar? A ver, en primer lugar, aclarando que nuestro experto cinematográfico ha estado muy ocupado este verano. Además, hay rumores de que aún está recuperándose de los excesos veraniegos en una clínica de desintoxicación. Pero no se preocupe, sr. Quiles, que no desvelaremos su identidad. En fin, ante la falta de expertez, solo queda el atrevimiento. Y de esto no nos falta, aquí. De todos modos, más que de cine, aquí cabe hablar de investigación detectivesca. Y me explico, por fin. El azar condujo a uno de los miembros del Consejo a descubrir una página *web* con la ficha técnica de la película *The Brothers Karamázov*, dirigida por William A. Seiter y protagonizada por los Hermanos Marx. Ya, impagable, ¿verdad? Chico en el papel de Dmitri, Groucho en el de Iván, Harpo en el de Alexey y Zeppo en el de Smerdyakov (muy apropiado este último; ya que Zeppo, el cuarto hermano, es el que dejó de actuar y se dedicó a hacer de mánager, de forma parecida —al menos en la función de servir— al bastardo Smerdyakov, criado de la familia). Y, como colofón a un reparto tan delirante, la siempre presente Margaret Dumond en el papel del padre. Lamentablemente, en la misma página se explica que la película fue un desastre absoluto, y que los estudios Paramount la retiraron inmediatamente de circulación. La película, además, se perdió en el catálogo no conservado de los estudios y, al parecer, existiría solo una copia que se conservaría en el museo del Hermitage, en San Petersburgo. No hemos podido confirmarlo. Una búsqueda minuciosa en la página *web* del museo y un correo electrónico aún sin respuesta no han permitido verificar este dato. Por otra parte, a pesar de la foto de mala calidad con los personajes caracterizados (aunque Groucho parece más bien Napoleón) que adjuntamos (a pesar de la mala calidad, repetimos), no está nada claro que la película existiera. Segunda búsqueda: cátalogo de la Paramount. Negativo. Por cierto, en esta búsqueda encontré una pequeña joya muy propia del gran Groucho Marx. Cuando los hermanos Marx graban *Una noche en Casablanca*, la Warner escribe reclamando que cambien el nombre del film si no quieren responder a una demanda judicial. Groucho responde en una carta hilarante que esto es imposible, y entre sus razonamientos absolutamente demenciales hay uno definitivo: «... You claim that you own Casablanca and that no one else can use that name without permission. What about *Warner Brothers*? Do you own that too? You probably have the right to use the name Warner, but what about the name Brothers? Professionally, we were brothers long before you were. We were touring the sticks as the Marx Brothers when Vitaphone was still a gleam in the inventor's eye, and even before there had been other brothers —the Smith Brothers; the Karamázov Brothers; Dan Brothers, an outfielder with Detroit [...]. Now Jack, how about you? Do you maintain that yours is an original name? Well it's not. It was used long before you were born. Offhand, I can think of two Jacks —Jack of *Jack and the Beanstalk*, and Jack the Ripper, who cut quite a figure in his day». Para mí lo mejor, aparte de lo de los hermanos Karamázov, es la referencia a Jack y las judías mágicas... Pero no nos despistemos. Tercera búsqueda: filmografía del director, William A. Seiter. Negativa. Más de cien títulos entre 1915 y 1954 y en ninguno aparece *Los hermanos Karamázov*. Última y definitiva búsqueda: filmografía de los hermanos Marx. Negativa, también. Aparentemente, la película se encontraría entre dos de sus mejores películas, *Sopa de ganso* y *Una noche en la ópera*. Por lo que la sospecha de que la película no ha existido nunca se ha adueñado inevitablemente de nosotros. Algunos dirán que el engaño era fácil de adivinar. ¿Qué mente enferma elegiría a los hermanos Marx para protagonizar este drama? El argumento no es del todo falaz, pero cuando una búsqueda rápida de versiones que sí existen nos lleva a ver al mismo Yul Brÿnner como Dmitri Karamázov, ya nada es imposible. No sé, quizás sí exista. Quién sabe. En cualquier caso, aunque no haya llegado al nivel del Secretario «colando» a la escultural Scarlett Johansson en un artículo sobre Dostoievski, aquí tenemos a la enorme (en todos los sentidos) Margaret Dumond dominando la escena. ¿Pueden imagirnarse los diálogos entre ella (como padre) y Groucho (su primogénito) en una putativa versión filmada de *Los hermanos Karamázov*? Un ejemplo, únicamente, recordando al gran Rufus T. Firefly en *Sopa de ganso*: «¿Quiere casarse conmigo? ¿Le dejó su marido mucho dinero? Responda primero a lo segundo». En fin, una lástima, esta es la conclusión. Porque da igual si el motivo es la pérdida o el engaño; sin duda una película como esta sería digna de ver (visionar, sr. Quiles, ya lo sé...).

PD: No ha sido el único *fake* con el que nos hemos topado. Si bien es cierto que la ausencia de diferencia entre realidad y ficción es nuestro pan de cada día, aún sufrimos cierto instinto que nos encamina hacia la búsqueda de verdades comunes. Por lo que, viniéndonos muy arriba éticamente, intentamos contrastar hasta donde podemos los contenidos de nuestra querida revista. Muchas veces la realidad nos estropea la buena noticia, y la tristeza del iluminado surje en nuestros rostros. Alejandro Dolina, en uno de sus programas radiofónicos hablaba sobre Dostoievski (ver *Anécdota*) y sus vicisitudes con el juego y las deudas que éste le acarreaba. Y contaba un encuentro entre Dostoievski y Tolstoi donde el segundo le preguntaba al primero: «¿Qué tal la vieja?». Dostoievski le respondia: «¿Qué vieja?». A lo que Tolstoi decía: «La vieja deuda que tienes conmigo». Excelente escena, nada que reprochar. Solo que los dos maestros rusos nunca coincidieron, o eso creemos. Casualmente, fuimos algunos a ver la grabación de un programa de Dolina en la sala Apolo de Barcelona hace un par de semanas. Por un momento, se me pasó por la cabeza, acabado el *show*, ir en su búsqueda para pedirle cierta confirmación o desmentido sobre el asunto que nos atañe. No lo hice, y no fue por pudor o vergüenza, si no simplemente porque carece de sentido cualquier acción en pos de la verdad.

PLACER

«Los sucesos y personajes que se retratan en estas anécdotas son reales;
ante cualquier queja o rechazo de alguno de sus protagonistas,
el autor sugiere que lo hubieran pensado antes».

LA ANÉCDOTA

AL 5 ROJO

Dicen que las grandes aventuras, al igual que las adicciones, empiezan con una casualidad y a menudo acaban igual, con la decisión radical, más o menos dolorosa, de volver a nuestras vidas anteriores. Esta empieza así: a principios de los 90 solía intentar impresionar a alguna chica llevándola a ver la emisión en directo de un cierto programa de radio en el sótano de un reconocido café de Buenos Aires. Por alguna razón que desconozco o prefiero no recordar, ese día iba solo, cosa nada habitual ya que, si no había a quién impresionar, mi natural tendencia a la gandulería me habría hecho desistir de acudir hasta allí (primera casualidad). El caso es que fui (o iba) caminando hasta la estación de Lanús a tomar el autobús y de repente me encontré con uno de mis mejores amigos, Pablo Gallippi (así, doble «l» y doble «p», exagerado y excesivo como todos los calabreses, todo buenas intenciones, todo desmesura, todo corazón) que iba de camino a casa a verme (segunda casualidad). No tuve que trabajar mucho para convencerlo de venir conmigo al café Tortoni.

La venganza será terrible era una joya radiofónica que cada día se emitía por radio y que comandaba (y aún comanda) Alejandro Dolina, que en clave de humor abordaba en el primer bloque de la emisión algún tema de interés general o de opinión pública y luego alguno un poco más académico o de divulgación.

Era un noviembre caluroso, seco y pobre, y en el viaje a la capital Pablo me contó algunos apuros económicos por los que pasaba y la necesidad de conseguir dinero para superarlos y luego poder irse de vacaciones tranquilo a Miramar. Ese día, en la radio, Dolina nos habló a nosotros dos, al resto de los asistentes y a todos sus radioyentes de Fiódor Dostoievski.

La casualidad, y sería la tercera, quiso que después de un breve repaso por la vida del escritor y sus relaciones matrimoniales con una tal Anna y con María no sé cuántos, y extramatrimoniales con una señora que se llamaba Polina, la charla del locutor derivase lentamente hacia el derrotero del autor ruso alrededor de la ruleta. Comentó cosas que Dostoievski jugaba para salir de pobre, cosa que parece nunca consiguió ni jugando ni escribiendo, y habló sobre sus largas estancias en Baden-Baden y en Wiesbaden; en la primera, donde se lo recordara por haber sido visto muchas veces, aunque no figurara ni una sola en el «libro de ganadores» (cosa en extremo curiosa que existiera); mientras que en la segunda fue donde él desarrolló su «método» allá por 1863, que de entrada le llevaría a ganar cinco mil francos. Otros datos curiosos que comentó el locutor durante el programa fueron su aparente obsesión por el número 5 y no por el cero de Alekséi Ivánovich de *El jugador*, que el autor escribía cuando estaba económicamente arruinado (que sería la mayor parte de su vida) y que se sometía a contratos literarios de esclavo para conseguir solvencia y pagar deudas.

La noche transcurrió con normalidad y al acabar el programa nos fuimos a tomar unas cervezas a un bareto cercano, más barato y menos concurrido que el Tortoni; entonces, Pablo me comentó su conclusión. «¿Te das cuenta de la casualidad, Jezú?», comenzó. «Yo iba a tu casa a charlar y a pedirte guita», continuó (este era un nuevo detalle en la noche, no me había dicho nada de eso hasta entonces), «y acabé acá, escuchando a un tipo que me habla de un ruso que se hizo famoso jugando en la ruleta... te das cuenta. ¡Justo que necesito plata aparece esto!».

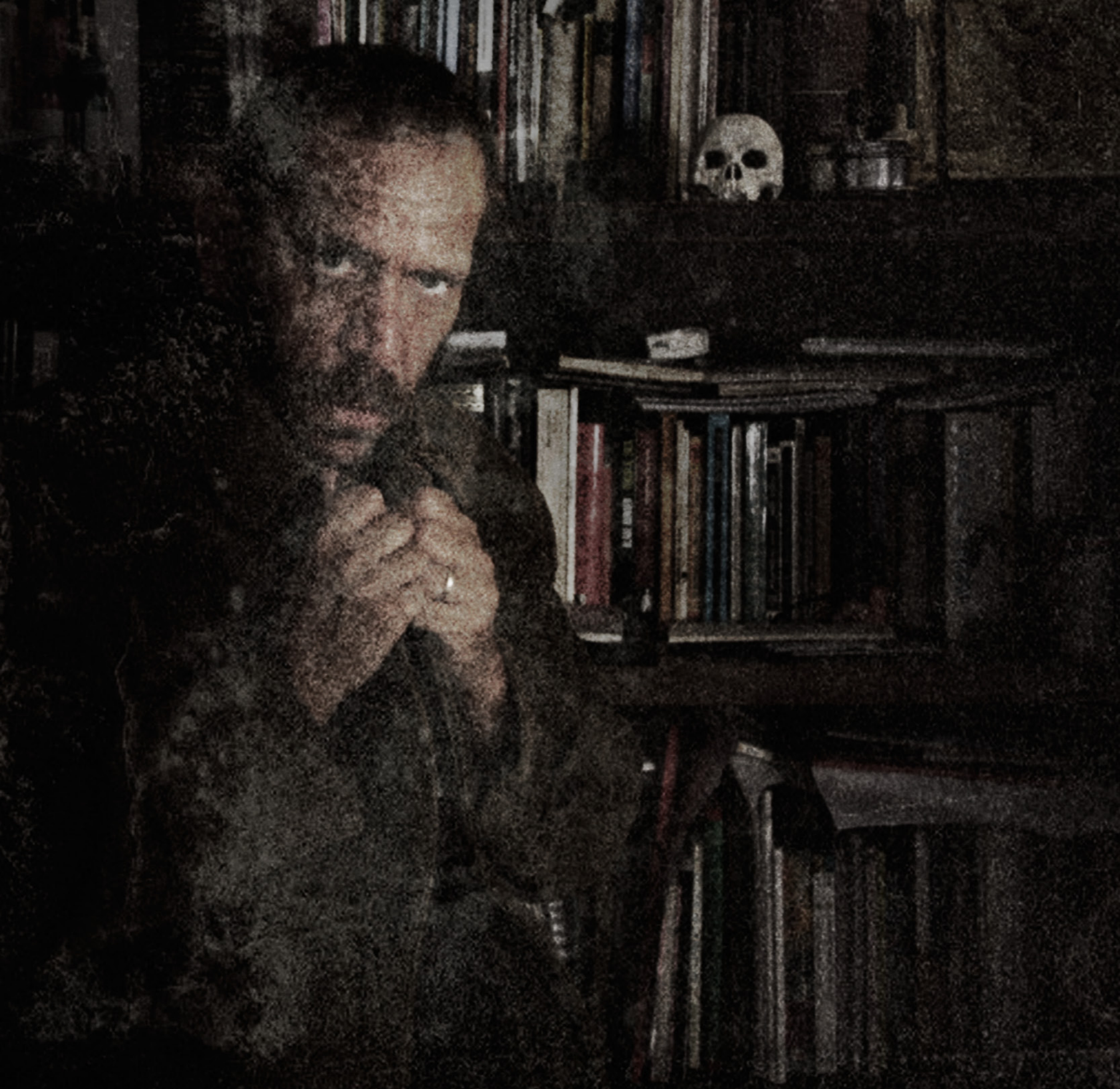
He de reconocer que en un primer momento no divisé lo que quería decirme y más allá de que no había entendido nada de la vida de Dostoievski, lo que más me llamó la atención de su afirmación es la capacidad del ser humano de percibir la realidad de acuerdo con sus necesidades. Creo que el alcohol me salvó en ese momento de una explosión cerebral, que podría haberme llevado a la locura; por el contrario, a Pablo no más hizo que envalentonarlo y reafirmarlo en su teoría a cada trago.

Ese fin de semana fuimos al casino de Buenos Aires, y el azar, que tanto tiene que ver con la casualidad, nos hizo ganar más de 6 mil pesos, la cifra exacta de su deuda, más el dinero para comprar los billetes a Miramar, el arreglo del coche, un regalo para su novia de turno y lo justo para pasar una gran noche que duró dos días. Pablo jugó toda la noche al 5, rojo, y lo pilló cuatro veces al pleno. Cada vez que salía me miraba, me guiñaba un ojo y por lo bajini decía «Fiódooor» cerrando el puño con una sonrisa cómplice.

El lunes llegué a casa en taxi y con 600 pesos en el bolsillo; no sé cuánto se llevó Pablo.

En febrero lo crucé en Miramar, y ya había mejorado su «sistema». Se paraba delante de la ruleta, esperaba que saliera cero (en la rueda de la ruleta es el número opuesto al 5, otro guiño que el gran maestro ruso se había guardado en *El jugador*) y a partir de ahí tenía una sucesión de apuestas que lo harían millonario. «Como a Fiódor ¿te acordás?», dijo. También dijo que nunca más había ganado tanto como aquella noche conmigo en Buenos Aires y que él ya no jugaba por el dinero o por el deseo de ganar; ahora tenía un desafío propio con el destino, un enfrentamiento contra en azar.

Un día lo perdió todo. Hoy tiene una peluquería en Quilmes, y cuando te cuenta anécdotas de su pasado se nombra en tercera persona.



Лизгерские удовольствия заканчиваются
загрязняет нас
успешный
громко,
первый лейбл обвинителей
как ответственные слоны
медленные ладони
рискованный
любопытный
странные розы
рося вяло
сокрушались,
против часовой стрелки.

Лизгерские удовольствия заканчиваются
загрязнение часов
они логически передаются кому угодно,
экстраординарная религия.
Престижирование дружественных мест
как заколдованный ретонос
лизать тревожные,
плотские,
липкая катушка,
лаурил,
цистит,
утомленный
захватывающий, мятежный.

Анальные лизгические удовольствия
кариока экспансивный
ползучий
планировать прибытие
домашние эякуляты
бешено
убийственными лакеями
чрезмерно богатые мерзавцы
планирование очистки,
квалифицированных отступников,
в приятные моменты,
бесплатно,
действуя как пьяные новобранцы
думая безумно, чтобы положить конец этой гибели.

Убийственные лизгические удовольствия
флиртовать между оборотами
сначала они выделяют мышьяк
против короля
пытаясь ликвидировать,
приветливо,
любой враг,
популистов, свободный,
юристы, верующие, лжецы
рапторы
для достижения
победить,
оставшихся врагов.

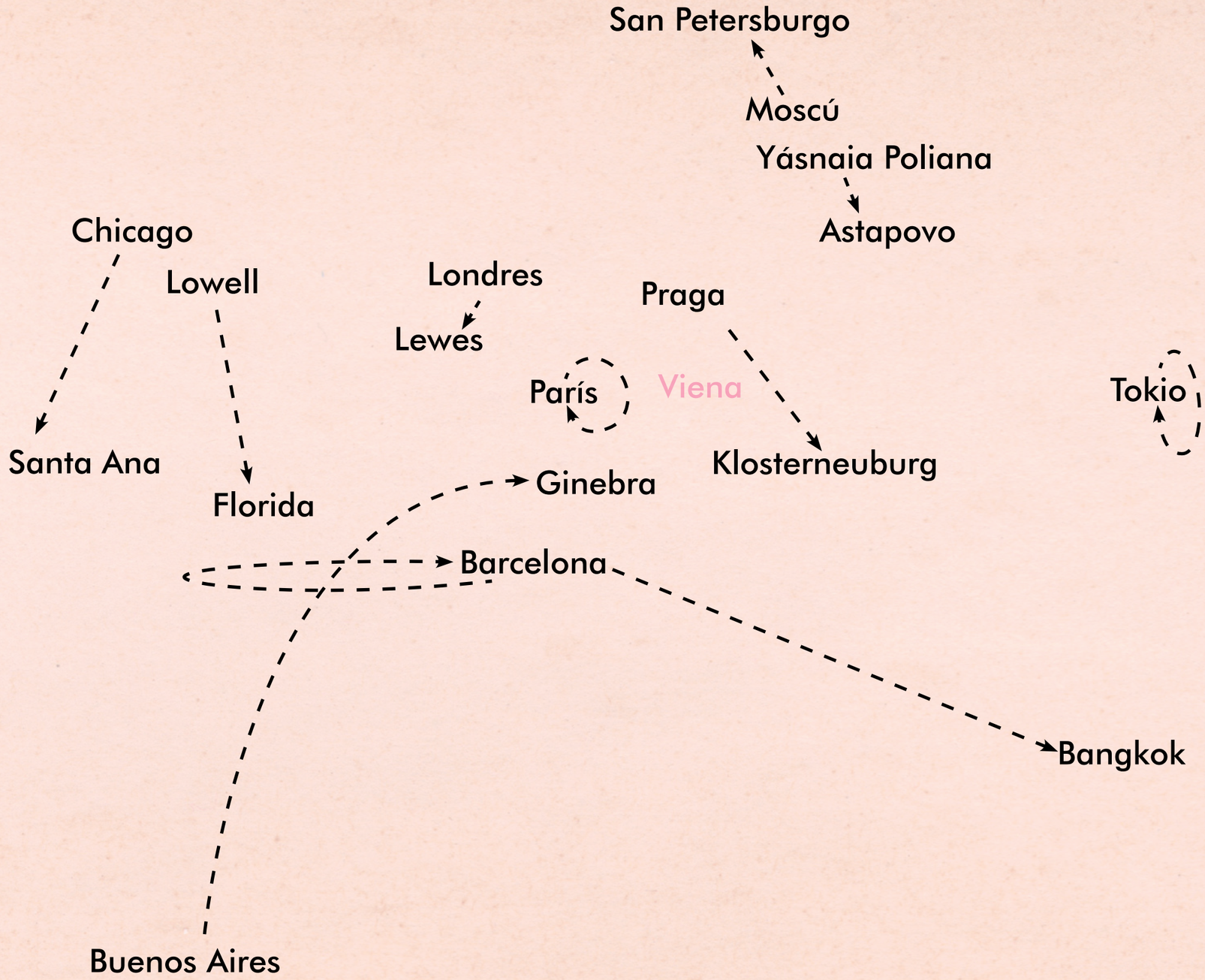
Лизергические удовольствия животных
они улавливают изображения
полировать их
административно
сои исправлением
энцефалограмма
*регулирующий.**

**Copie el texto en un traductor ruso para disfrutar del poema más loco y acróstico de lo que llevamos de siglo.*

PLACER

VIAJES DE GOZO Y PLACER

Fuimos hondo, que no lejos, en busca de nosotros mismos (como si realmente pudiéramos estar en algún lugar concreto). Y fuimos humildemente alegres, sinceramente agradecidos ante una nueva oportunidad de fracaso rotundo y hundimiento general. Lo conseguimos, una vez más. A ver quién es el valiente que se atreve a sostener que no lo hemos conseguido, otra vez. Aunque, en verdad, el mérito es muy relativo. No nos cuesta nada. El esfuerzo es nimio, casi inexistente. Fácilmente, atropellamos (placerificar es el término técnico —y eufemístico, está claro— que inventamos) al autor elegido sin ninguna conmiseración. Esta vez, ya lo dijimos, también, regresamos a la madre Rusia para renovar nuestras fuerzas. ¿Dónde si no? Más que de catarsis, sin embargo, cabría hablar de catatonia mediada por el calor y el alcohol. El ritual de purificación ha sido ejecutado, básicamente, en chiringuitos de playa, bajo los efectos de cervezas y tintos de verano matinales y copas noctámbulas, siempre a una temperatura por encima de los veintisiete grados. Y el vodka, ¿qué? —preguntarán algunos. Nos ponemos serios y respondemos solemnes: «Oiga, el vodka con Aquarius es como Dios lubricándote el alma». En fin, la verdad es que era todo muy previsible. Pero, a pesar de nuestras faltas confesas, una cosa sí hicimos bien. En los estantes de nuestras bibliotecas —también en las públicas, donde ya mostramos uno de los divinos mensajes del Consejo— dejamos unos cuantos huecos. El bueno de Fiódor nos acompañó durante las vacaciones. Que no saliera a pasear más es, créannos, una tristeza que nos acompañó durante los largos días de verano. Aún así, renovamos nuestros votos y asumimos temerosos nuestro deseo de más *Viajes de gozo y placer* antes de actuar en consecuencia. Ahora nos ha dado por ser partícipes del doceavo momento estelar de la humanidad. Ahí es nada. Seguimos bajando y ni rastro de nosotros mismos, quizá estemos simplemente lejos y todo sea inútil. Usted dirá, estimada persona. Hasta pronto. Saludos.



CRÉDITOS

«¡Mañana, mañana, por fin cambiaré por última vez mi destino!»

PLACER

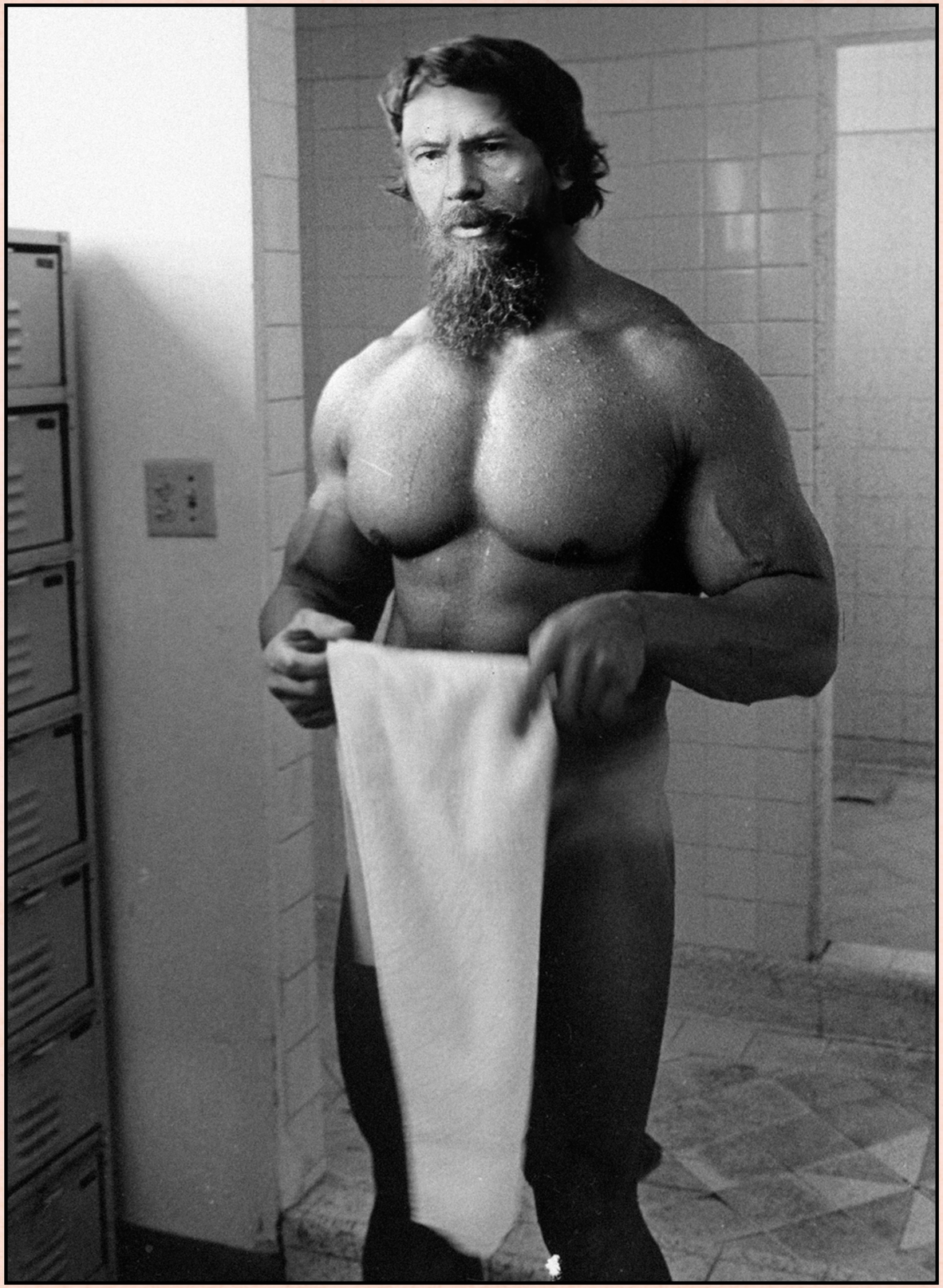
emana de la asociación

La Mordida Literaria

y en este número han participado:

Aitor Vélez (Carboncillo)
Pedro Vizán (*Notas sobre Dostoievski*)
Dani Ites (Ilustración *El trineo*)
Oriol Serna (*Flotografías*)
Jandrus (*Recuerdos de la casa de los muertos*)
Lluís Guitard (*El idiota*)
Alberto Carreño (*El placer del sufrimiento*)
David Pérez (*Apuntes del sótano*)
Sr. Presidente Canut (*IV*)
Ramon Aumedes (*La suerte del principiante*)
Esteban Barbaria (*Anécdota* y Poema en ruso)
Carme Ribas y Penélope (Concisión ortogràfica)
Àngels Piédrola (Asuntos web)
Marcos Pérez y Víctor Fernández-Dueñas (Lo demás)

Consejo Editorial:
Víctor Fernández-Dueñas y Marcos Pérez

placer@lamordidaliteraria.com

PLACER